

BOLSILIBROS
BRUGUERA

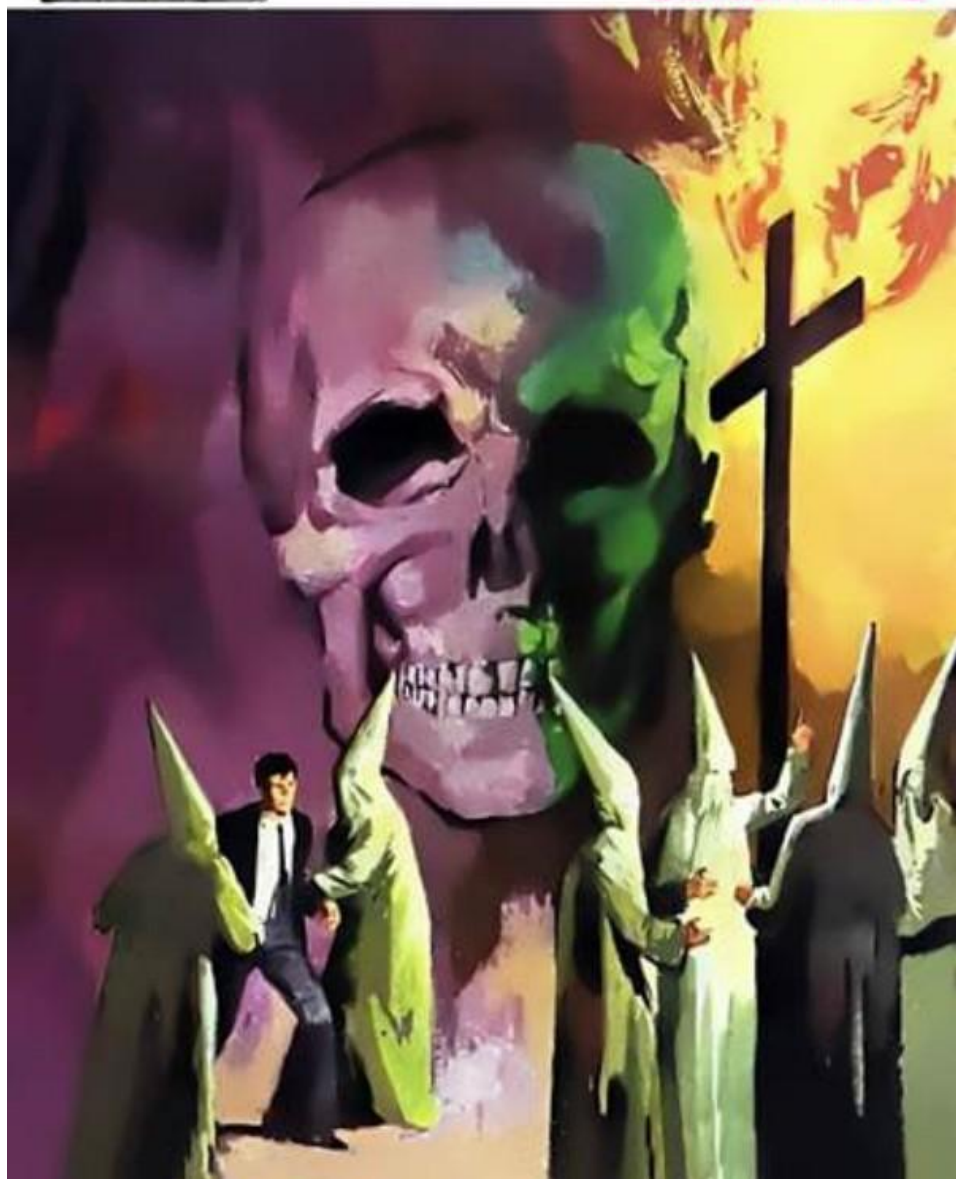
SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

noches de fuego y muerte

burton hare





SS

SERVICIO SECRETO



BURTON HARE

NOCHES DE FUEGO Y MUERTE

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.062

Publicación semanal

Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Depósito legal B 39401 – 1970
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: diciembre, 1970

© BURTON HARE - 1970
sobre la parte literaria

© ENRIQUE MARTÍNEZ - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora Nueva, 2. Barcelona (Spain)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva. 2 - Barcelona - 1970

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.060. — ...A hierro muere.

En Colección PUNTO ROJO:

439. — Guerrilleros del crimen.

En Colección ENVIADO SECRETO:

131. — La muerte de terciopelo.

CAPÍTULO PRIMERO

LA selva formaba un claro casi redondo en cuyo centro se erguía un gigantesco árbol de retorcido tronco y sarmentosas ramas. Un árbol muerto quién sabe cuándo, de formas atormentadas, fantasmales.

Hombres como sombras se movían en la noche, aquí y allá, como duendes extraños oficiando un extraño rito.

De pronto, en alguna parte, sonó una risa cruel y estremecedora.

Shell sintió un escalofrío.

Un reguero de llamas se elevó inopinadamente, avanzando por la hierba como una línea recta de vivo color rojizo.

El dedo de fuego corría directo hacia el tronco del árbol.

Y, amarrado al tronco, había un hombre.

Nunca lo olvidaría.

Las llamas se acercaban a la víctima. Shell veía sus ojos llenos de horror, suplicantes, mientras, alrededor de él, las sombras se movían excitadas.

Repentinamente, las llamas alcanzaron los pies del hombre atado al árbol.

El cuerpo del hombre había sido empapado de gasolina.

Un rugido sordo subió de pronto cuando una gran llamarada envolvió al desgraciado. El cuerpo se retorció y un aullido escalofriante venció el rumor del fuego y la risa de alguien en la noche.

Después, mientras el hombre moría, las llamas prendieron en la reseca madera del árbol y la hoguera se agigantó convirtiendo la noche en día en aquel claro de pesadilla.

Shell cerró obstinadamente los ojos. Los gritos y risas habían

cesado y solo se escuchaba el crepitar de las llamas y un ronco jadeo del moribundo.

Luego, ese jadeo se extinguió también.

Los pies de cinco hombres hollando la selva y alejándose del escenario de aquella pesadilla sustituyeron todo otro rumor.

Shell comenzó a caminar en pos de sus compañeros.

La noche se cerró sobre ellos. La selva, la jungla impenetrable, parecía formar un muro de negrura cerrándoles el paso.

Un muro negro como la muerte.

¿O era roja la muerte, roja como las llamas?

Una marea roja y negra, rugiente, como un océano embravecido, le envolvía intentando sumergirlo en un mundo oscuro y viscoso del que nunca podría escapar.

Entonces gritó. O creyó gritar.

Y dio un brinco sobre la cama, mirando la oscuridad a su alrededor cual si quisiera cerciorarse de que la pesadilla se había extinguido de una vez, y que sus protagonistas se habían esfumado agazapándose en el oscuro recoveco del subconsciente, de donde salían de vez en cuando, vividos, perceptibles, fantasmas del pasado debatiéndose en un mundo atroz en que el sueño solía sumergirle.

Shell apartó las ropas de la cama de un manotazo y se levantó, con un extraño temblor en sus miembros. Se encaminó a la cocina del pequeño apartamento.

Preparó un vaso con hielo y lo llenó hasta la mitad con whisky puro. Bebió con avidez y atravesó luego la salita equipada como despacho regresando al dormitorio.

Sabía que ya no podría conciliar el sueño aquella noche. No obstante, se tendió en la cama y apuró el licor a pequeños sorbos.

Por la ventana abierta entraba el aire caliente de una noche quieta y oscura. Lejano, el parpadeo de un anuncio luminoso y rojo, encendido toda la noche, llegaba a intervalos regulares recortando vívidamente el rectángulo del ventanal.

Shell se preguntó si no sería ese resplandor rojizo el causante de la evocación de aquel infierno que parecía surgir del pasado para torturarlo un año tras otro.

Vio llegar el día. Después de ducharse se afeitó sintiéndose

cansado y viejo de mil años.

Justo cuando se disponía a abandonar el apartamento sonó el teléfono. Titubeó. No se sentía con ánimos para conversar con nadie. Al fin, descolgó el auricular y escuchó una voz conocida.

—¿Shell? Aquí Garen. Pensé que ya estarías fuera de tu casa.

—Me disponía a salir. ¿Que ocurre, Sam?

—¿Estarás muy ocupado esta noche, Shell?

—Pues no... ¿Por qué?

—Me gustaría que vinieras a casa, muchacho. ¿Has olvidado qué fecha es hoy?

—Bueno... ¿Es algún día especial acaso?

—No comprendo cómo conservas la cabeza sobre los hombros. Eres el tipo más distraído que conocí en mi vida.

—Sigo sin entenderte.

—El aniversario, Shell. ¿No recuerdas? Quedamos que nos reuniríamos cada año y...

Shell Adams sintió una fría corriente de hielo culebrear por su espalda.

—Ya veo —murmuró—. Te juro que no lo recordaba... y no será porque haya podido olvidar aquella maldita noche, Sam.

—¿Todavía sigues con las mismas pesadillas?

—Son algo más que pesadillas. Creo que... que voy a volverme loco.

—No digas estupideces. Ya hablaremos de eso cuando nos reunamos. Porque vas a venir, ¿no?

Shell titubeó. Un vivo malestar se apoderaba de él por instantes.

—Escucha, Sam, no creo que sea lo más razonable dadas las circunstancias.

—¿Qué clase de tonto eres tú, amigo? Vas a dejarte influenciar por un condenado sueño como una vieja histérica.

—¿Vendrá él también?

—¿Él? —gruñó Sam Garen a través del auricular—. ¿Quién?

—Dave Erikson.

—Creo que sí; y también Luigi prometió acudir si podía escabullirse de su mujer.

—No me gusta.

—¿Qué infiernos es lo que no te gusta?

—Enfrentarme con Dave otra vez. Tú sabes bien que nos detestamos profundamente.

—Bah, tonterías. Cuento contigo, Shell. A las nueve estará bien. ¿Conforme?

—De acuerdo, Sam.

Colgó, y apenas lo había hecho ya se arrepentía de haber accedido a asistir a aquella absurda reunión.

Mientras descendía las escaleras recordó la forma un tanto ridícula en que se estableció aquella especie de pacto, consistente en reunirse una vez al año, en el aniversario exacto de su licenciamiento del ejército.

Ahora, después de aquellos años, la cosa era realmente absurda.

Para, ellos, para los que formaron la patrulla avanzada en Vietnam, todo había quedado atrás.

El odio y el desprecio para Dave Erikson.

CAPÍTULO II

ESTABAN todos allí, con sus vasos en la mano, sus comentarios encaminados a recordar el pasado, con algunos años más encima y alguna que otra muestra gris en las sienes.

Shell dio un vistazo a Luigi Parello y sonrió. Era un descendiente de emigrantes italianos, rebosante de vitalidad, bravo y temperamental, pronto a la risa y a la cólera en proporciones iguales.

Sus cabellos negros y rizados no mostraban señal alguna de canas. Solo sus ojos parecían más viejos.

Sam Garen se reunió con Shell aprovechando el pretexto de llenarle nuevamente su vaso.

—¿Tranquilo, muchacho?

—No mucho, esa es la verdad.

Sam contuvo un juramento.

—No tienes razón alguna para mostrarte enervado... Observa a los demás y...

—Es inútil. ¿Crees que no lo intenté antes?

Sam Garen era un hombre que en los últimos tiempos había engordado demasiado alrededor de la cintura. Alto, de grueso cuello y largos brazos, había sido un luchador duro y feroz que se adaptó difícilmente a la rutina de una vida civil y ordenada.

Shell se apartó de él para cambiar unas frases con Luigi, por quien sentía una corriente de afecto solo comparable con la amistad que le unía a Sam.

Justo en aquel momento, el corpulento Dave Erikson atravesó la estancia y se unió a ellos.

Su cuerpo era macizo como una roca. De rostro amazacotado y ojos relucientes, Erikson tenía todo el aspecto de un triunfador. Una

permanente mueca sardónica distendía sus labios delgados y crueles.

—¿Quieres que te diga algo, Shell? —exclamó con su voz retumbante.

El aludido se encogió de hombros.

—No creí que vinieras esta noche —prosiguió con voz que rezumaba ironía—. Después de la escenita que tuvimos tú y yo el año pasado...

—Tampoco yo lo olvidé en todo el tiempo.

—Eres un tipo muy susceptible, muchacho. Los sentimentales están en franca decadencia en estos tiempos.

Sam Garen terció:

—Uno no puede cambiar de carácter como de camisa, Dave.

—Conforme. Yo no he cambiado. Y creo que Luigi y tú mismo sois los mismos de entonces. Únicamente Shell desentona del cuadro.

—Será mejor que le dejes en paz, Dave.

Este sacudió la cabeza obstinadamente.

—Me revienta su actitud conmigo —dijo Erikson—. Ninguno de nosotros es culpable de esa sucia guerra, y todos tomamos parte en ella.

—Está bien, no hay ninguna necesidad de estropear la reunión.

La voz de Sam era tensa y concluyente. Dave lo miró de reojo y después, encogiéndose de hombros refunfuñó;

—De acuerdo, Sam, olvídale. No quiero terminar como hace un año.

Se apartó del grupo para llenarse otra vez el vaso. Luigi dijo:

—Si nos reunimos para recordar viejos tiempos, nadie puede evitar que esos recuerdos incluyan también las desagradables escenas que vivimos todos juntos. Nosotros y los que nunca regresaron.

Hubo unos instantes de perceptible tensión. Después, la conversación volvió a sus cauces y se bebió con cierta cordialidad.

Era pasada la medianoche cuando Dave Erikson impuso silencio.

—Tengo noticias importantes, muchachos...

—¿Importantes para quién? —puntualizó Luigi.

—Bien, para mí, claro.

—Claro —dijo Shell suavemente.

—¿Qué demonios quieres decir con eso? —saltó Dave.

—Olvidalo.

—No me gustó tu manera de decirlo...

Sam Garen salvó la situación una vez más.

—Al grano, amigo, veamos esas noticias.

Erikson parecía dispuesto a enzarzarse en otra discusión con Shell, pero lo pensó mejor y dijo:

—Voy a largarme a Europa, muchachos.

—¿Que demonios se te perdió allí?

—Si algo hubiese perdido en Europa, no cabe duda que lo he encontrado. Voy a ocupar el cargo de presidente de una corporación de negocios en el viejo continente.

Sonaron algunas exclamaciones de asombro. Después, Luigi comentó:

—Me gustaría saber de dónde sacas tu endiablada suerte, Dave.

—No llates suerte a la inteligencia, amigo. Mi inteligencia me dijo exactamente lo que debía hacer para llegar a la cumbre... y voy a hacerlo.

—¿Y qué es ello?

—Casarme.

—¿Qué?

—Infiernos, ¿qué tiene de extraño que yo me case? —rio el corpulento soldado—. Luigi se casó y hasta ahora no se ha muerto. ¿Por qué no he de casarme yo también?

—Bueno, quizá sea que no encajas en el papel de marido...

—Tú qué sabes, hombre.

Sam se encogió de hombros.

—Por experiencia, desde luego nada —manifestó—. Nunca me casé.

Shell vació el vaso que conservaba en las manos y lo depositó cuidadosamente sobre la mesa.

—Debo irme —dijo de repente.

—¿Tan pronto?

Asintió con un gesto, viendo al mismo tiempo la sarcástica

mirada de Erikson, quien dijo:

—Es mi presencia lo que Shell no puede soportar...

Shell Adams le ignoró. Estrechó la mano de Luigi, al tiempo que Dave añadía:

—Todavía no has olvidado aquella noche, ¿es eso lo que te corroe por dentro, muchacho?

—Sí, es eso justamente. Aquella maldita noche es una pesadilla que se repite en mis sueños una y otra vez. Imagino que para ti eso será un motivo de risa, Dave

—¿Qué otra cosa quieres que sea? El pasado hay que enterrarlo definitivamente.

—Nunca lo conseguí.

—Está bien, pero no pretendas que los demás sean tan estúpidos como tú en este asunto.

—Nunca pretendí eso. Solo que tú fuiste el responsable de lo que sucedió. El organizador de la fiesta... como organizabas todo en aquellos tiempos.

—Y tú quisiste evitarlo, lo recuerdo muy bien. Pero si esperas que me eche a llorar por esa estupidez estás loco, muchacho. Lo pasado, pasado está.

—Algo queda, Dave... algo queda.

Se dirigió a la puerta, agitado y molesto consigo mismo, sin saber a ciencia cierta si era por haberse enzarzado una vez más con Erikson, o a causa de haber sido lo bastante idiota como para asistir a aquella absurda reunión, sobre la que parecía flotar un halo fantasmal de tragedia.

Sam le alcanzó cuando ya había abierto la puerta.

—Escucha, Shell... es necesario que hablemos tú y yo... sabes que soy médico. Existen medios de eliminar las obsesiones en este tiempo.

—Hablaremos de eso otro día, Sam. Gracias de todos modos.

Salió y cerró a sus espaldas. Desde el pasillo oyó la estentórea carcajada de Dave Erikson, retumbando a través de la puerta.

CAPÍTULO III

EL hombre era apenas una sombra más oscura en el oscuro portal.

Shell salió a la calle y se detuvo en la acera el tiempo de encender un cigarrillo.

Sus nervios excitados le torturaban una vez más.

Expulsó el humo con fuerza, La calle estaba aparentemente desierta. Echó a andar hacia donde había aparcado el coche.

La sombra, en el portal del lado opuesto de la calle, alargó la cabeza y le siguió con la mirada. Unos ojos brillantes como los de un gato le observaron hasta que Shell entró en el largo «Buick» convertible. Luego, la sombra se ocultó de nuevo y todo volvió a quedar desierto.

Shell manejó el coche sin prisas. La excitación continuaba dominándole, y la aversión que experimentaba hacia Dave Erikson se agudizaba por instantes.

Dave había sido quien organizara la muerte de aquel desgraciado, allá, en las lejanas selvas vietnamitas. Y suya era la cruel risa que resonaba en la oscuridad de la jungla, y que se repetía una y otra vez en sus pesadillas...

Sabía que esa noche no se atrevería a conciliar el sueño, por temor a que los fantasmas volviesen a surgir del fondo de la mente, del subconsciente, donde se agazapaban como bestias al acecho.

Se detuvo ante un bar y entró en él. Bebió no sabía exactamente qué. Luego, ya muy tarde, cuando cerraron el establecimiento, regresó al coche y emprendió el definitivo camino de regreso al apartamento.

Apenas había tenido tiempo de sentarse tras la mesa de su oficina, cuando alguien llamó a la puerta y entró Doris, la bella secretaria del director general.

—Míster Hardman desea verle cuanto antes —anunció la joven. Sus grandes ojos examinaron la cara pálida de Shell, dio un vistazo sobre su hombro y cerró la puerta—. ¿Qué sucede, Shell?

—¿Por qué lo preguntas?

—Tienes un aspecto feroz esta mañana. Y estás pálido y cansado. ¿Qué diablos estuviste haciendo anoche?

—Lo creas o no, la pasé en vela.

—¿Con quién?

—Solo.

—No te creo, desde luego. ¿Cómo era ella, Shell?

—Oh, bueno, no empieces con eso otra vez. Tuve una pequeña fiesta con unos viejos amigos. Luego, traté de dormir y no pude. Tengo los nervios de punta de una temporada a esta parte.

Ella se encaramó sobre el ángulo de la mesa, dejando que su larga y bien moldeada pierna derecha se balanceara suavemente.

—Pudiste llamar por teléfono —dijo con voz insinuante.

—¿Para qué? Te hubiera amargado también a ti. Pero ya que me lo recuerdas... ¿Habrías acudido en caso de haberte llamado?

—Bueno, no voy a responder a eso, búho. Esperaré que algún día decidas comprobarlo por ti mismo.

—Creo que lo haré, y pronto. Empiezo a pensar que quizás es eso lo que necesito... ¿Qué quiere el viejo?

—No me lo preguntes. También él tiene mal día.

Shell se levantó del sillón y rodeó la mesa. Ella no se movió.

—Tienes los labios más seductores de cuantos vi en mi vida, muchacha.

—Demuéstramelo.

Inclinándose, la besó largamente en la boca. Luego, se apartó con dificultad y ella susurró:

—Me gustó, querido.

—Esos juegos van a complicarme un día cualquiera, primor. Es mejor que vayamos a ver qué quiere el ogro antes que pierda el control...

—Antes de que vayas a su despacho será mejor que te quites el

carmin de los labios, Shell...

Este dio un respingo y sacó el pañuelo apresuradamente.

—He oído decir que existen lápices de labios indelebles, nena. ¿O no?

Ella rio y ambos salieron de la oficina.

Doris adoptó una actitud comedida al atravesar la gran sala donde trabajaban docenas de empleados martilleando máquinas de escribir y calculadoras de todos los tipos. Las gigantescas oficinas de la compañía de seguros eran una bien organizada colmena en la que Shell jamás se encontraba a gusto.

Míster Hardman le saludó escuetamente. Era un hombre de sesenta años, con las energías de un elefante y la voluntad indomable de un luchador de la vieja escuela.

Sus albos cabellos se encrespaban sobre un cráneo enorme, y las pobladas cejas amenazaban con juntarse a la pelambrera blanca. Tenía ojos astutos y llenos de malicia que solían inquietar a sus subordinados más de la cuenta.

A Shell jamás le habían inquietado, tal vez porque estaba seguro que el día menos pensado mandaría a Hardman al diablo y a la compañía al mismísimo infierno.

El director indagó, tan pronto Shell estuvo acomodado en la gran butaca:

—¿Tienes algún asunto urgente entre manos ahora, Adams?

—Ninguno que no pueda esperar.

—Ya...

—¿Sucedé algo malo, señor?

—¿Malo? Creo que es peor.

Shell aguardó encendiendo un cigarrillo. Hardman manoseó unos documentos esparcidos sobre su gran mesa de caoba. Luego, separó uno de ellos y lo enarboló ante las narices de Shell.

—Es un informe de nuestro agente en Erskine. Un informe sobre el incendio de la residencia de Samuel Rains.

—¿Sospechas de provocación tal vez?

—Según nuestro agente, son algo más que sospechas. Un incendio provocado, de estas características, es una catástrofe.

—¿Para quién?

Míster Hardman le miró como si estuviera ante un retrasado

mental.

—¿Para quién? —bufó—. ¡Para la compañía, naturalmente!

—Ya veo.

—Lo celebro mucho. Existe una póliza, usted sabe...

—¿Cuánto?

—Un millón.

Shell enarcó las cejas.

—Comprendo que esté usted preocupado, señor.

—Hay una cláusula en dicha póliza. Si el incendio ha sido provocado, o instigado por alguno de los beneficiarios, la póliza se considerará nula y la compañía quedará exenta de obligación alguna. ¿Comprende?

—Desde luego. ¿Quiénes son los beneficiarios en este caso?

—El propio Samuel Rains y sus dos hijos, Sylvia y Tom Rains.

—¿Alguna sospecha sobre cualquiera de ellos?

—Vaya allí y averígüelo, Adams. Para eso le pagamos el sueldo.

—Sí, señor. Otra cosa... ¿Dónde está esa residencia incendiada?

—En las afueras de Erskine. Vaya allá y póngase en contacto con nuestro hombre en la ciudad. Se llama Huggar, es viejo y tiene experiencia. Escúchele con atención. ¿Alguna duda?

—Ninguna por el momento.

Se levantó, dirigiéndose a la puerta. Antes que pudiera alcanzarla, la voz seca de su jefe le detuvo en seco al decirle:

—Abrevie al máximo sus gestiones, Adams. Estamos muy alarmados con sus astronómicas cuentas de gastos cada vez que sale fuera de la ciudad.

—Mis cuentas, señor, son proporcionales al éxito de mi trabajo... Buenos días, señor.

Salió y cerró la puerta suavemente.

Doris, en su oficina privada, le miró con interés.

—¿Dificultades, querido?

—Un viajecito, nena. Tal vez me siente bien cambiar de aires por unos días.

Ella le sonrió.

—Trata de dormir por lo menos. Tú solo, naturalmente.

—Sí, ya sé... Yo solo, a menos que te llame una de estas noches.

—No te precipites. Soy una chica consecuente, tú sabes.

—Lo recordaré.

Inclinándose a través de la mesa buscó sus labios rojos y los encontró sin dificultad. Se besaron larga y alegremente, como si fuera un simple juego ardoroso que no llevara a ninguna parte.

De pronto, un vozarrón como un trueno rugió:

—¡Señor Adams!

Shell dio un respingo. Hardman estaba plantado en el umbral de su oficina privada y les miraba como si quisiera fundirles con sus ojos de basilisco.

—Le ruego que para futuros escarceos, elijan usted otro lugar —dijo con voz tonante Y, por descartado, fuera de las horas que la compañía les abona a cambio de su trabajo. ¡Fuera de aquí, señor Adams!

—Sí, señor...

Salió de estampida.

Cuando llegó a su propio despacho el teléfono estaba sonando.

Lo descolgó de un manotazo.

—Adams al habla —gruñó, pasándose el pañuelo una vez más por la cara.

—Aquí Sam.

—Hola, muchacho.

—¿Cómo te sientes. Shell?

—No estoy muy seguro. Anoche no pegué un ojo

—Escucha, ¿te fijaste si alguien te siguió anoche?

—¿Qué?

—Ya lo oíste. ¿Sí o no?

—Desde luego que no. Por lo menos, no me di cuenta de nada sospechoso. Entré en un bar y estuve allí hasta que cerraron... ¿Por qué lo preguntas?

—Había alguien apostado cerca de casa. Luego, cuando los otros se fueron, ese tipo les siguió.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo estaba en la ventana, fumando el último cigarrillo. Les vi salir. Luego, alguien se apartó de un oscuro portal y echó a andar tras ellos.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Bajé a la calle apresuradamente, pero ya habían partido en sus coches y no pude ver nada más. Por eso me preguntaba si también a ti...

—Olvídalo, Sam. Creo que viste visiones.

—¡Diablos, visiones!

—¿Les has preguntado a ellos?

—Todavía no. Ya te llamaré más tarde.

—Mejor será que no lo hagas. Voy a marcharme fuera de la ciudad antes de una hora.

—¿A dónde, Shell?

—A un lugar llamado Erskine, hacia el sur.

—Sí, ya sé... Bueno, quizás ese cambio de ambiente te siente bien...

—Seguro. Oye, siento lo de anoche, Sam.

—No tiene importancia. Le dije a Dave que nunca debió provocarte... Tampoco a mí me simpatiza mucho, ya sabes.

—Bueno, al demonio con él.

—Llámame cuando vuelvas. Veré en qué para esa vigilancia de anoche.

Shell colgó, tomó su portafolios y empezó a prepararse para el viaje. Ordenó que le trajeran una copia de la póliza de Samuel Rains y cuando abandonó el despacho casi la sabía de memoria.

Ni una sola vez volvió a pensar en el misterioso espía de la noche pasada del que Sam Garen le había hablado.

Quizás eso fue un error después de todo.

CAPÍTULO IV

ERSKINE era una población de medio millón de habitantes, industriosa y plácida, en la que ni siquiera el problema racial parecía haber levantado excitación alguna.

Shell vio muchos negros en las calles, mientras al volante del «Buick» buscaba la oficina de Huggar.

Era este un individuo enjuto, con cabello escaso y ojos saltones, de ademanes vivos y rápidos. Vestía de modo impecable y su oficina estaba destinada a infundir confianza en los clientes que le visitaban.

—Me alegro que haya venido usted —confesó de inmediato, cuando hubo estrechado la mano de Shell—. Este asunto va a volverme loco, créame.

—¿Por qué? O hay fraude o no lo hay. Es así de sencillo.

—Si usted viviera aquí sabría que de sencillo no tiene nada. La familia Rains se consideran los puntales de nuestra sociedad.

—¿Y...?

—Si el incendio fue intencionado...

—Ya veo.

—No le envidio, amigo. ¿Se llama usted Adams, según creo?

—Llámeme Shell. Y hágamelo de los Rains.

—Bueno, sus antepasados fundaron la ciudad. Hicieron la guerra como oficiales del general Lee y todo lo demás. Poseen industrias y plantaciones, pero según se rumorea sus arcas están vacías a causa de unas inversiones muy fuertes y equivocadas...

—¿Qué clase de inversiones concretamente?

—Exactamente nadie parece saberlo. El joven Rains estuvo en Nueva York casi un año, introduciéndose en el gran mundo de Wall Street. No parece que tuviera mucho acierto —terminó con ironía.

—¿Y la chica?

—Le gustará.

—¿Tiene algo especial? —rio Shell.

—Ya la verá. Si fuera a Hollywood armaría un alboroto, sin la menor duda. Altiva en cierto modo, apegada al nombre y a la estirpe familiar. Muy independiente. La sociedad de Erskine está un poco molesta con ella porque nunca ha querido formar parte de los comités femeninos.

—Está bien, todo esto corresponde al color local. Mi trabajo consiste en averiguar si el incendio fue provocado o no, y si es así por quién. ¿Tiene usted alguna idea al respecto?

—En absoluto. Pero me resisto a creer que fueran los propios miembros de la familia Rains quienes pegaron fuego a su palacio. Demasiado orgullosos para una cosa así. Además, se quemaron valiosas obras de arte, y viejos retratos familiares, de antepasados ilustres. Ya sabe usted cómo son estas cosas.

—¿Racistas?

—¿Por qué lo pregunta usted, Shell? Aquí todo hombre o mujer blancos son racistas... o antiintegracionistas si lo quiere así.

—Estaba pensando en posibles motivos para el incendio. Los negros, en estos tiempos, no se andan por las ramas.

Huggar sacudió la cabeza.

—Investíguelo sí quiere —dijo—, pero no creo que el pirómano, si lo hubo, fuera un negro.

—Bien, dejémoslo de momento. ¿Que les hizo sospechar de una mano criminal en el fuego?

—Se encontró una lata de gasolina vacía en la galería donde se inició el incendio. Nadie pudo justificar la presencia de la lata allí. Estaba deformada por las llamas, pero era lo bastante grande para que cualquiera que la hubiese visto con anterioridad la recordara.

—Absurdo...

—Eso mismo pensé yo. Si hubo un pirómano en este asunto, ¿por qué abandonó la lata en un lugar tan visible?

—Se sorprendería usted de las acciones aparentemente incomprensibles y absurdas de esos pirómanos medio locos... ¿Hubo alguna víctima?

—Ninguna. Todos pudieron ponerse a salvo.

—Tuvieron mucha suerte. ¿Dónde viven ahora los Rains?

—En otra propiedad que poseen más al sur de la siniestrada. También tienen una casa en la ciudad, pero no creo que se hayan instalado aquí.

Shell se levantó.

—Nos veremos después de mi primera inspección sobre el lugar. ¿Dónde pusieron esa lata sospechosa?

—Está en poder de la policía. El jefe se llama Jack Krazno. Le ayudará si sabe tratarlo. Él está convencido que es una especie de Edgar Hoover, corregido y aumentado.

—Entiendo —sonrió Shell—. Los he conocido peores.

Estaba junto a la ventana, mirando distraído hacia la calle, sumido en sus reflexiones. Vio los fantoches blancos cuando aparecieron por una esquina y les siguió con la mirada hasta que pasaron bajo la misma ventana.

—Ese carnaval —dijo, señalándolos—. ¿Suelen pasearse así todos los días?

Huggar se unió a él y miró hacia abajo.

—Ándese con tiento al referirse a esa gente, Shell. En realidad, son los amos del condado. Están incrustados en todas partes. El Ku Klux Klan renació de sus cenizas hace un par de años y ha adquirido rápidamente un poder ilimitado.

—No es solo aquí —refunfuñó el investigador—. Esa gente sigue viviendo cien años atrás.

—Lo malo es que se portan igual que cien años atrás —puntualizó Huggar, sombrío.

Shell se despidió y abandonó la oficina.

Erskine contaba con un solo periódico de la tarde. Se encaminó a las oficinas y pidió revisar los números en que el diario se ocupó del siniestro.

No sacó nada en claro de su lectura.

Luego, cuando se disponía a abandonar la redacción, los titulares de la primera página del ejemplar del día saltaron hasta sus ojos con una estremecedora claridad.

Según la noticia de agencia, acababa de iniciarse un proceso contra cierto capitán que, en Vietnam, había ordenado matar a un grupo de civiles.

Lo leyó de arriba abajo. Se hablaba de un consejo de guerra contra el capitán, un teniente y todos los hombres que, bajo su mando, habían llevado a cabo lo que se consideraba una masacre brutal y salvaje.

Instantáneamente, el recuerdo de un hombre convertido en una antorcha humana, y de un árbol muerto y fantasmal envuelto en llamas, acudió a su mente.

Cuando volvió a la calle sentíase terriblemente deprimido y había perdido el interés y el entusiasmo con que iniciara su trabajo.

El calor era bochornoso y Shell buscó deslizarse por la sombra de las casas. Se encaminó al hotel con ánimo de ducharse y cambiarse de ropa.

La habitación estaba convertida en un horno. Deprimido, Shell maldijo entre dientes y puso en funcionamiento el aparato acondicionador de aire inserto en la ventana.

Acababa de librarse de la camisa cuando alguien llamó a la puerta. Recordó que no la había cerrado y exclamó:

—¡Adelante, entre!

La puerta giró y la muchacha se deslizó al interior del cuarto con movimientos felinos.

Cerró la puerta suavemente y quedóse apoyada contra ella, mirándole fijamente.

Shell se había quedado sin aliento mirándola a su vez.

Era una joven alta y delgada, pero con esa delgadez perfectamente delineada en los lugares precisos para que uno no tenga dudas de que, bajo las ropas, late un cuerpo firme y terso, de redondas caderas y atrevidos senos.

Su rostro de piel muy blanca era deliciosamente ovalado, con profundos ojos de extrañas tonalidades doradas. Unos cabellos finos y rubios lo realzaban de forma sugestiva.

Shell se estremeció al fijarse en la intensa mirada de aquellos ojos sin fondo.

Le producían una sensación de vértigo, atractivos y extraños a un tiempo.

Se disponía a hablar cuando ella murmuró:

—Usted es Shell Adams...

—Nunca lo he negado.

—El investigador de la compañía aseguradora, ¿no?

—Exacto. Ahora, veamos quién es usted y estaremos a la par.

—Mi nombre es Sylvia Rains.

—Ya veo.

—Usted ha venido para ahorrar a su compañía el pago de la póliza, ¿no es cierto?

—En absoluto. Pero venga, siéntese, y disculpe que me encuentre así.

Tomó la camisa y volvió a ponérsela de mala gana. A pesar del zumbante aparato de la ventana, la habitación continuaba pareciéndose a un horno.

Ella avanzó despacio, como si flotara en el aire.

—Papá ha recibido un telegrama anunciándole la visita de usted —explicó con voz neutra.

—Y eso les ha alarmado, supongo.

—En cierto modo... Ustedes quieren evitarse el pago del seguro.

—Le repito que no se trata de eso. Hemos de establecer las responsabilidades del incendio, si las hay. En caso de corresponderles el cobro de la póliza, la compañía pagará sin chistar.

Ella estaba observándole con fijeza.

—Imagino que todo depende de usted, ¿no es cierto?

Él se encogió de hombros.

—En gran parte, si —reconoció.

Ella sacó un cigarrillo del bolso y Shell le ofreció llamita de su encendedor.

Entonces, bruscamente, le preguntó:

—¿Por qué ha venido usted aquí, muchacha?

—Quería conocerle. Y establecer las cosas desde un principio...

—¿Qué cosas?

Se removió, inquieta. Desde su posición, él la recorrió complacido con la mirada. Su cuerpo prieto y juvenil, de largas y finas piernas, resultaba lo más bello que Shell recordaba haber visto en mucho tiempo.

—Lucharemos, señor Adams —dijo de repente—. Lucharemos hasta el final por lo que es nuestro.

—Me parece muy bien.

—Me refiero a luchar contra todos ustedes... Ese dinero nos pertenece. No permitiremos que nos lo arrebaten.

—Se me ocurre que están ustedes muy ansiosos por hacerse con él, señorita Rains.

Ella se encogió levemente de hombros.

—Hemos perdido mucho más con el incendio. Solo las pinturas desaparecidas valían la suma que cubre la póliza. Y luego, las restantes obras de arte...

—De acuerdo. Pero yo debo investigarlo. Me han hablado de una lata de gasolina hallada en el lugar del incendio. ¿Qué sabe usted de eso?

—Nada. Solo que había sido sacada de nuestro propio garaje.

—¿Acostumbraban a tener allí latas como aquella con gasolina?

—Efectivamente. Dos o tres... creo. Tenemos dos coches, y a veces esa gasolina nos saca de algún apuro. Tanto mi hermano como yo somos terriblemente distraídos y pasamos semanas sin llenar los depósitos de los autos.

Él asintió, comprensivo al parecer.

—Naturalmente —dijo—, ustedes no tienen idea de quién pudo ser el que la sacó del garaje.

—En absoluto. Los sirvientes son de absoluta confianza. Llevan una infinidad de años al servicio de mi familia.

—¿Recibieron la visita de desconocidos inmediatamente antes del siniestro?

—Que yo sepa no. Oiga, ¿está sometiéndome a un interrogatorio acaso?

—Solo estoy tratando de formarme una composición de lugar. Deberé efectuarles muchas más preguntas a todos ustedes, antes que termine mi trabajo.

—¿Cuánto tiempo cree que durará ese trabajo?

—No puedo decírselo. Todo depende de cómo se presenten las cosas... y de la ayuda que reciba.

—Creo que entiendo lo que quiere decir —dijo, levantándose con sus gráciles movimientos—. ¿Sabe dónde está nuestra actual residencia?

—Ciertamente.

La muchacha se encaminó a la puerta.

—Venga cuando quiera, pero no espere una recepción demasiado cordial por parte de papá. Adiós, señor Adams.

Abrió la puerta y salió.

Shell, perplejo, tardó unos segundos en reaccionar.

Y cuando lo hizo, no pudo evitar cierta recelosa preocupación, en vista de cómo se presentaba el asunto...

CAPÍTULO V

ESTABA bajo la ducha cuando oyó sonar el teléfono. Soltó una maldición y dejó que se desgañotara hasta que calló.

Al regresar al dormitorio comprobó que el sol se había ocultado. Las sombras del crepúsculo invadían la estancia creando una atmósfera suave y placentera

Se vistió, sumido en los proyectos para el día siguiente.

En realidad, la investigación de las causas del siniestro resultaba una tarea incitante y atractiva para él, adiestrado en la experiencia de muchos otros trabajos por el estilo.

Dudó entre ponerse la corbata o no. Al fin venció la sensación de calor, que ni siquiera la incipiente noche despejaba, y arrojó la corbata sobre el lecho.

Entonces, el teléfono repicó una vez más.

Al descolgarlo, la voz tensa que llegó hasta él le produjo un sobresalto.

—¡Shell! ¿Eres tú?

—Seguro...

—Te habla Luigi.

—¡Diablos! ¿Dónde estás?

—En casa. Esta es una llamada a larga distancia...

—No entiendo... Nos vimos hace un par de noches. ¿Qué es lo que te pasa?

—Algo increíble. Sam me dijo dónde estabas, pero pensó que no te encontraría.

—Un momento, Luigi; Sam no tenía la menor idea del hotel en que iba a alojarme...

—¿Cómo que no? Fue él quien me lo dijo, Shell.

Perplejo, este trató de comprender cómo Sam Garen había

logrado saberlo.

—Está bien, sea como sea, se me ocurre que todo esto es muy extraño. ¿Que es lo que te pasa? Tu voz suena endiabladamente excitada.

—Es algo increíble, Shell; escucha...

En ese momento la voz se interrumpió. Vagamente, a través del auricular, Shell oyó un estremecedor chillido proferido por una voz de mujer.

Dio un respingo y gritó:

—¡Luigi! ¿Qué fue eso?

Su amigo no le respondió a él. Se oyó su voz lejos del auricular que gritaba:

—¡Perla!

Hubo un golpe y unos ruidos metálicos. Debía haber soltado el auricular. A pesar de comprenderlo, Shell rugió:

—¡Luigi! ¿Me oyes? ¡Luigi!

Oyó ruidos confusos, una exclamación y un trueno que hizo vibrar el auricular en su oído. Después no hubo más que silencio.

—¡Luigi! —gritó todavía.

Creyó percibir un roce en el lejano auricular, y una respiración que sonaba como un fuelle. Luego, alguien colgó el auricular y todo acabó.

Terriblemente inquieto, Shell colgó a su vez y titubeó unos instantes. Estaba seguro que un terrible drama acababa de tener lugar a más de cien millas de distancia. Impotente, miró el mudo aparato como si esperara de él una explicación.

Al fin, tomó la americana de un zarpazo y se lanzó fuera de la habitación. Descendió la escalera a saltos y abandonó el hotel como si le persiguieran todos los diablos del infierno.

Saltó dentro del «Buick» y arrancó con una sacudida. Sabía que cualquier cosa que fuera lo que había sucedido, ya no podría remediarlo, pero deseaba saber, ver con sus propios ojos qué era lo que había producido aquel cataclismo a través del auricular.

Y para ello no le importaba aquel precipitado viaje en la noche, a través de casi ciento cincuenta millas de carretera.

Tan pronto salió de la población hundiéndose el acelerador hasta el fondo. El poderoso motor emitió un rugido lanzado el coche hacia

adelante como un potro desbocado.

La cinta negra de la carretera se deslizó bajo las ruedas como una sombra fugaz. Shell mantuvo apretado el pedal como si quisiera incrustarlo en el piso del auto.

Así se lanzó a un viaje de pesadilla.

* * *

La casa de Luigi Parello estaba en una calle tranquila que se encaramaba en suave cuesta por una colina. El «Buick» desembocó en ella cual un rayo, los neumáticos chillando una inútil protesta en cada curva.

Supo que todo estaba consumado cuando advirtió el movimiento frente a la casa de dos plantas rodeada de un pequeño jardín.

Los faros giratorios de los coches policíacos destellaban de continuo. Agentes uniformados mantenían a distancia un nutrido grupo de curiosos, todos los cuales volvieron la cabeza cuando el polvoriento «Buick» rugió reduciendo la marcha y frenando brutalmente junto a los autos-patrulla.

Saltó del coche y corrió hacia la acera. Una garra nerviosa le sujetó antes que pudiera llegar a la abierta puerta del jardín.

—¿Adónde infiernos cree que va, amigo? —gruñó el policía.

—¿Qué ha pasado?

—Lea mañana los periódicos. ¡Largo de aquí, ya tenemos bastante con toda esta gente!

Shell se soltó de un tirón y barbotó:

—Llame al oficial encargado de esto. Yo estaba hablando por teléfono con el dueño de esta casa cuando ha sucedido algo que ha cortado la comunicación.

El agente titubeó. Luego le llevó hasta la puerta de la casa y ordenó:

—Espere aquí.

La espera duró más de cinco minutos. Al fin, el hombre volvió haciéndole señas de que podía entrar.

—Encontrará al teniente en la sala —dijo—. Se llama Sterling.

Entró precipitadamente. Un hombre alto y de anchos hombros salió a su encuentro cerrándole el paso.

—Soy el teniente Sterling —se presentó—. ¿Qué historia es esta del teléfono?

Shell contó en breves palabras lo sucedido. El policía le escuchó sin interrumpirle ni una sola vez.

Solo cuando calló, Sterling dijo:

—De modo que ha realizado usted ese viaje solo por lo que oyó por teléfono...

—Así es.

—Está bien; no se equivocó usted. Sígame.

Le llevó a una estancia grande y bien amueblada. Había estanterías con libros en las paredes, y un diván junto al ángulo más lejano...

Shell vio todo esto confusamente, porque su mirada estaba prendida del cuerpo tendido casi en el umbral de la puerta.

El cuerpo de una mujer cubierta por una bata casera, ahora revuelta y hecha un guñapo dejando al descubierto la mayor parte de sus bonitas piernas.

—Perla —musitó sin voz.

—Siga adelante —le instó el teniente—; todavía no lo ha visto todo.

Apartó los ojos de aquella cara cerúlea, cuyos ojos desorbitados parecían mirar algún espectáculo horrible que hubiera en el techo.

Dentro, unos pasos separado de la mesa, yacía el cadáver de Luigi hecho un ovillo. Si debajo del cuerpo de la mujer la sangre había formado un charco alrededor del hombre apenas si la había.

Shell avanzó cual un sonámbulo, sin advertir siquiera la penetrante mirada del teniente que no se apartaba de él ni un segundo.

Luigi había recibido un balazo en mitad de la frente, un balazo que a juzgar por el reducido orificio había sido disparado por una pistola de poco calibre.

Estuvo mucho tiempo inmóvil, sobrecogido de espanto, con el horror de la muerte rodeándole por todas partes.

De pronto, la voz del policía dijo tras él:

—Venga... hay algo que quiero que vea.

Retrocedió hasta donde estaba el cuerpo de la mujer.

Sterling se inclinó y levantó un poco el cadáver, sin moverlo

mucho.

—Mire la espalda —gruñó.

Shell se agachó. La empuñadura de un cuchillo de curioso tallado sobresalía del cuerpo, un poco más abajo de la paletilla izquierda.

Poco a poco, Sterling volvió a dejar el cadáver en el suelo.

—¿Y bien? —indagó.

—¿Y bien qué?

—Ese cuchillo. ¿Recuerda si lo había visto antes de ahora?

—No lo sé.

—¿Qué? No me salga con acertijos. Lo vio alguna vez o no lo vio. No es difícil estar seguro de eso.

—Vi muchos cuchillos iguales a ese... son un arma de ancha y afilada hoja que utilizan los guerrilleros del Vietcong...

—Ya veo.

—Había muchos desmovilizados o relevados del frente que se los llevaban como recuerdo.

—Pues el que se trajo este ha seguido la guerra por su cuenta.

Shell salió de la estancia como un sonámbulo. El horror de aquellos crímenes se le antojaba algo de quimera, un acto brutal y salvaje dictado por una mente desequilibrada.

—¿Cómo llegaron ustedes aquí? —preguntó.

—Una vecina creyó oír un disparo y llamó a la policía.

—Ya veo... Es absurdo... Luigi era el mejor de todos nosotros... el único que se había casado, y ha tenido que ser él.

—¿A qué se refiere cuando dice que era el mejor de todos ustedes?

—Del grupo... Oh, bueno, él y nosotros habíamos luchado juntos en Vietnam. Cuando nos desmovilizaron seguimos viéndonos alguna vez. Justamente, hace dos noches que nos reunimos.

—Ya entiendo. Y han matado a la mujer con un cuchillo traído de Vietnam. Ahora es cuando eso me gusta menos todavía. Quiero los nombres de todos los componentes de ese grupo, Adams.

—Tome nota... Sam Garen, en cuya casa nos reunimos; Luigi... y yo mismo; otro llamado Dave Erikson. Y hay otro todavía, aunque no asistió a la reunión la otra noche por encontrarse enfermo y cuyo nombre es Rex Vandell.

Sterling anotó cada nombre y luego quiso saber las direcciones, pero Shell tan solo conocía las de Sam y Luigi.

Tras esto preguntó:

—Entiendo que estuvieron ustedes juntos en Vietnam. Pero se me ocurre que habría algunos soldados más en su avanzadilla, ¿no es así?

—Por supuesto, pero todos ellos murieron. Los únicos supervivientes somos los que acabo de nombrarle.

—¿Cree que estos crímenes tienen alguna relación con la guerra?

—¿Cómo puedo saberlo? Si lo sugiere usted a causa de ese cuchillo, déjeme decirle que perderá el tiempo. Debe haber miles en el país, traídos por otros tantos soldados desmovilizados.

El teniente asintió con un gesto. Comprendía que no podría conseguir nada positivo interrogando a Shell, excepto haber establecido con exactitud la hora que el matrimonio había sido asesinado.

Finalmente, aún preguntó:

—¿Se le ocurre alguien que odiara a ese Luigi hasta el extremo de matarlo?

—En absoluto. Me atrevo a decir que Luigi era precisamente el más sensato y amigable de todos los que nos reunimos la otra noche.

—¿Y el motivo, tampoco tiene idea?

Shell sacudió la cabeza de un lado a otro. Luego dijo pensativamente:

—Estaba a punto de decirme algo importante cuando todo ocurrió en cuestión de segundos, algo que le excitaba terriblemente.

—¿Excitaba? Trate de precisar un poco más. ¿Le alegraba tal vez, o estaba alarmado?

—No puedo decirlo. Todo lo que sé es que su voz sonaba alterada. Dijo algo de que se trataba de una cosa increíble y luego ya no habló más.

Sterling renunció a sacar nada en limpio y le despidió distraídamente.

Shell se encaminó a su apartamento. No se sentía con ánimos de

volver a realizar el viaje esa misma noche. Decidió acostarse y regresar a Erskine por la mañana.

Sin embargo, y por segunda noche consecutiva, apenas pudo pegar un ojo.

CAPÍTULO VI

TERMINÓ la inspección de las negras ruinas sin haber conseguido mucho en claro. El fuego se había ensañado en aquella ala del enorme edificio, destruyéndolo todo antes que pudiera ser atajado.

El resto de la casa estaba intacto.

Comprobó que había ardido con inusitada violencia en la galería en que estaban expuestas las pinturas, precisamente allí donde fuera hallada la vacía lata de gasolina.

Valiéndose de una pequeña pala de jardinero que encontró tirada sobre el casi cubierto césped, apartó los cascotes y ruinas de la galería con sumo cuidado, partiendo de una posición aproximada adonde había aparecido la lata.

Cuando abandonó la pala ya sabía que el fuego fue provocado intencionadamente.

Sacudió las manos para librarlas del oscuro polvo y cenizas y salió al jardín, donde encendió un cigarrillo pensativamente.

Había visto la inconfundible huella dejada por las primeras llamas al seguir un reguero trazado con gasolina. El reguero terminaba al pie de la pared, allí donde había existido un viejo artesonado de madera, reseca por los años.

Do modo que ahora se trataba de descubrir al criminal pirómano.

Eso no iba a ser fácil, pensó.

Como tampoco lo sería hallar al asesino de Luigi y de su esposa.

Sintió un escalofrío al pensar en los sucesos de la noche pasada. En realidad, no había podido apartarlos ni un segundo de su pensamiento, aunque durante su trabajo luchaba por relegarlos al olvido.

Regresó al coche y con él se encaminó a la oficina de Huggar en la ciudad.

El agente local de la compañía de seguros escuchó sus informes un tanto preocupado.

—¿Y ahora qué? —refunfuñó después—. Insisto en que no creeré nunca que los miembros de la familia Rains hayan pegado fuego a su residencia.

—Alguien lo hizo. Y de un modo muy burdo además.

—Tal vez un perturbado... uno de esos pirómanos que acaban siendo clientes fijos de un manicomio.

—Podría ser, naturalmente. No obstante, todos los casos con que tropecé en el pasado, fueron realizados con astucia. Por locos que estuvieran los incendiarios, le aseguro que sabían ocultar muy bien las evidencias de su delito.

Con un suspiro, Huggar dijo:

—Afortunadamente, es usted el encargado de desentrañar este misterio. Si me necesita haré cuanto sea necesario, pero en cuanto a enfrentarse con los Rains, no cuente conmigo.

—Anoche conocí al miembro femenino de la familia —dijo Shell de pronto.

—Vaya. ¿Dónde fue eso?

—Ella vino a verme al hotel.

—No me diga.

—Quiso advertirme de que lucharán hasta el fin para conseguir el dinero de la póliza. Es una muchacha muy extraña, ¿no cree?

—No es usted el único que lo dice.

Shell se recostó en la butaca. Estaba mortalmente cansado.

—Sus ojos —murmuró—. Me impresionaron.

Huggar enarcó las cejas.

—Amigo mío —dijo sonriendo—, tampoco en eso es usted el único...

—¿Quiere decir que tiene novio?

—Que yo sepa, no. Pero barrunto que existe algún episodio más o menos tormentoso en la vida de esa muchacha, aunque no me pregunte cuál es, porque no lo sé.

—Creo que iré a ver a la familia este mediodía.

—No le envidio. Oiga, parece usted tan cansado como si

acabara de correr diez millas.

—Corrí muchas más anoche... solo para ver dos cadáveres.

Contó brevemente lo sucedido, dejando a Huggar completamente estupefacto.

Ya en la calle, anduvo cansinamente hasta donde había, dejado el coche. Junto al vehículo había dos hombres que le miraron fijamente.

Shell se detuvo. Los dos desconocidos estaban ante la portezuela, cual si quisieran cerrarle el acceso al coche.

Shell gruñó:

—Si no les importa, este es mi coche.

No se movieron. Uno de ellos dijo:

—Nos han dicho que es usted un polizone forastero...

—¿Y qué con eso?

—Nos disgusta.

El otro remachó:

—Lárguese de la ciudad, forastero. Le conviene.

—¿Sí?

Apartó al más próximo de un empujón y abrió la portezuela.

—Ustedes me disgustan profundamente y por eso no les ordeno que se larguen a otra parte —comentó, sentándose ante el volante—. Procuren no volver a cruzarse en mi camino si aprecian su integridad física.

Puso el «Buick» en marcha y maniobró bruscamente. Uno de los dos hombres hubo de brincar a un lado para evitar que le arrollara.

Condujo más preocupado que nunca, porque había distinguido las dos inquietantes insignias en las solapas de los amenazadores individuos.

Las insignias del Klan.

* * *

Samuel Rains era un hombre que en tiempos debió ser arrogante, pero que en la actualidad apenas si parecía una sombra de sí mismo. No obstante, en el fulgor de sus ojos se adivinaba una dura energía.

Recibió a Shell en compañía de sus hijos.

Tom Rains, treinta años, esbelto y elegante, facciones correctas y ropas de precio. Su expresión era una mezcla de ironía y curiosidad.

La muchacha se mantuvo silenciosa y apenas devolvió el saludo del investigador.

Una vez más, Shell se sintió extrañamente impresionado por aquellos misteriosos ojos, en los que parecía aletear el miedo.

—Lamento mucho lo sucedido en su residencia —dijo—. Especialmente, si tenemos en cuenta que el incendio fue provocado.

—¿Lo dice por la lata que se encontró?

—No solamente por esa condenada lata que todavía no he visto, sino por las huellas que he descubierto bajo las cenizas y los escombros.

Tom indagó:

—¿Qué clase de huellas?

—Alguien vertió un reguero de gasolina hasta el recubrimiento de madera de las paredes. Le prendió fuego y escapó.

El anciano se hundió un poco más en su sillón. La muchacha dijo:

—¿Va a acusarnos, señor Adams?

—¿Alguno de ustedes lo hizo? —gruñó, disgustado.

El viejo dijo con voz gruñona:

—Es esta una pregunta impertinente, joven. Haga lo que crea que deba hacer y...

—Les acusaré sin titubear si descubro que son culpables, pero en caso contrario redactaré mi informe para la compañía recomendando el pago del seguro. Este es mi deber profesional, y acostumbro cumplirlo siempre.

Tom Rains sonrió:

—Creo que debemos pedirle disculpas, señor Adams. Otro en su lugar nos hubiera respondido de forma muy distinta... y más desagradable.

—De eso puede estar seguro.

—Entonces, ¿qué piensa usted hacer?

—Seguir la investigación hasta el final, para lo cual precisaré su ayuda, además de hacerles algunas preguntas.

Samuel Rains asintió lentamente.

—Estamos dispuestos a responder, si sus preguntas son pertinentes —dijo.

—Ese incendio tiene facetas muy curiosas, para decir lo menos. La lata abandonada donde el pirómano sabía que sería encontrada con toda seguridad; luego, la forma tan burda de proceder, con ese reguero de gasolina tan fácil de descubrir...

—¿Adónde quiere ir a parar?

—A dos conclusiones; la primera, que el tipo era un perfecto cretino con instintos criminales.

—¿Y la segunda? —preguntó Rains suavemente.

—La segunda, es que el pirómano en cuestión quería que fuera descubierto su crimen sin la menor duda. Deseaba que supiéramos que el fuego había sido provocado intencionadamente.

—Y eso, ¿adónde cree usted que le conduce?

La pregunta del anciano sonó extrañamente débil.

—No lo sé todavía. Pueden existir también varias razones para un comportamiento aparentemente absurdo, pero es pronto aún para tomarlas en consideración.

—Todavía esperamos sus preguntas.

—Voy a ser breve, porque en realidad no hay mucho que deba preguntar... Primero, veamos los posibles enemigos que pueda usted tener, míster Rains.

—¿Enemigos? Todo el mundo tiene algún enemigo, y no por eso le pegan fuego en su casa.

—Eso no me dice nada en absoluto.

—No hay nada concreto que decir. Me he dedicado a los negocios. Forzosamente he perjudicado a terceros, a los que podemos considerar como enemigos en potencia.

—¿Alguno en particular, quizá más irascible que los demás?

—No, es inútil. Por ese camino no llegaremos a ninguna parte.

—Eso es algo que deberé decidir yo en todo caso. ¿Qué me dice de los negros?

Rains padre le miró por entre sus espesas cejas.

—¿Los negros? —bufó.

—Eso he dicho.

—Usted está loco. Ninguno de ellos se atrevería a una cosa semejante.

—Alguien se atrevió —refunfuñó Shell.

—De acuerdo —dijo el viejo cansadamente—. Búsquelo usted, y hágalo cuanto antes. Quiero el dinero de la compañía y no estoy dispuesto a perderlo.

Shell asintió sintiéndose cansado y con los nervios demasiado tensos.

—Parecen ustedes ansiosos por echar mano de ese millón de dólares...

—¿No lo estaría usted? —rio el joven Rains.

—No lo sé.

De pronto, la muchacha habló por primera vez:

—Quisiera que me dijera usted algo más, señor Adams...

—Adelante —la animó.

—Me pregunto por qué razón el criminal hizo todo lo posible para que fuera descubierto su delito.

—No es exactamente que él quisiera que descubrieran las pruebas sin más razón que complicar la vida a la compañía de seguros. Más bien creo que quiso perjudicarles a ustedes de dos maneras distintas a la vez: primero, por el incendio que destruyó parte de esa magnífica residencia, cuya restauración costará, una fortuna. Y luego, en segundo lugar, pienso que dejó las pistas para que el incendio les fuera achacado a ustedes a fin de que la compañía no les abonase ni un centavo.

Hubo un silencio tenso. Shell paseó la mirada por el jardín que se extendía más allá de la balaustrada en que estaba apoyado. Junto a él, Tom Rains dijo:

—Esa teoría nos llevaría a alguien que siente un odio feroz hacia nosotros.

—O solo contra uno de ustedes.

Samuel Rains se levantó pesadamente.

—Por mi parte, no creo que tenga nada más que decir. Considero que le corresponde a usted buscar las respuestas a este misterio. En lo que a mí respecta, consultaré con mis abogados.

Y desapareció dentro de la casa.

Tom sonrió con ironía.

—Ese maldito bastardo que acercó la cerilla a la gasolina, pudo haberlo hecho con más habilidad. Nos habría ahorrado infinidad de

complicaciones... Espero que tenga usted mucha suerte, Adams, porque su suerte será también la nuestra.

Se despidió y se fue.

Shell se acodó otra vez en la balaustrada de piedra y gruñó:

—Ahora le toca a usted.

Sylvia se acodó a su lado.

—¿Cómo?

—Despedirse.

—No tengo ninguna prisa por entrar en la casa... ¿Va a regresar a la ciudad ahora?

—Sí, claro.

—Iré con usted.

—Está bien.

Atravesaron el jardín uno al lado del otro, silenciosos, distantes espiritualmente.

Repentinamente, el preguntó:

—¿Pertenece al Klan su padre, Sylvia?

Ella se estremeció.

—No lo creo —dijo en susurro.

—¿Pero no está segura?

—Nadie puede estar seguro de nada cuando se trata del maldito Ku Klux Klan. ¿Por qué lo ha preguntado?

—Porque dos de sus ilustres emisarios me han «aconsejado» que me largue de la ciudad.

—¿Estás seguro que eran miembros del Klan?

—Esos no se ocultaban. Llevaban la insignia en la solapa.

—Comprendo.

Ya no volvieron a hablar hasta que el coche estuvo en la carretera, rumbo a Erskine.

Entonces, Shell preguntó inopinadamente:

—¿De qué tiene usted miedo, Sylvia?

—¿Qué?

—Me oyó perfectamente, muchacha. ¿De qué tiene tanto miedo?

—¡Yo no tengo miedo!

—Sus ojos la delatan; he visto el miedo otras veces y lo he

experimentado en mis propios huesos para que pueda engañarme ahora.

—Está equivocado. Yo no...

—Escuche, ¿no quiere darse cuenta que estoy a su lado?

—¿Usted? —se burló ella con sarcasmo—. En todo caso está al lado de la compañía de seguros.

—No sea absurda.

Ella ladeó la cabeza y le miró fijamente. Shell experimentó una vez más aquel estremecimiento al hundirse en aquellos ojos sin fondo. Sylvia trató de sonreír.

—¿Qué ve ahora en mis ojos?

—Sigue habiendo miedo en ellos, a pesar de que me confunden de manera extraña. Hay algo que la atormenta...

—¿De veras?

—Seguro.

Callaron hasta llegar a la ciudad. Ella le indicó dónde quería apearse y Shell acercó el coche a la acera.

—Nos veremos pronto otra vez —aseguró.

Ella se apeó apresuradamente. Tan deprisa, que el pequeño bolso que llevaba se deslizó de sus majos y cayó sobre la alfombra del coche, abriéndose y esparramándose su contenido.

Shell se apresuró a recogerlo todo, mientras ella trataba de ayudarle, ya desde fuera del coche.

—No se preocupe —dijo el inspector de seguros—. Es solo un momento...

—He sido muy torpe, lo siento...

Él casi había terminado de introducir chucherías en el bolso cuando recogió la fotografía.

Con cierta curiosidad, le dio un ligero vistazo.

Era la fotografía de un hombre que parecía mirarle lleno de burla.

Shell notó cómo un dedo helado se deslizaba a lo largo de su espina dorsal.

Porque la cara que parecía mirarle con inmensa burla era la de Dave Erikson.

Multitud de preguntas se le agolparon en la garganta.

Luego, introdujo la fotografía en el bolso y devolvió este a la

muchacha.

—Gracias —murmuró esta.

Giró sobre los talones y se alejó por la acera.

Poco a poco, sumido en un mar de confusiones, el investigador apartó el coche del bordillo y lo introdujo entre el tráfico.

La cara de Dave Erikson parecía flotar ante sus ojos, burlona, cruel y despiadada.

CAPÍTULO VII

DESPERTÓ al amanecer, tenso y cubierto de sudor. La endiablada pesadilla había torturado una vez más sus sueños agitados, y la imagen del hombre convertido en una antorcha humana, sujeto al viejo y retorcido árbol muerto, había surgido de nuevo del fondo de su subconsciente. Una imagen tan vivida y real que muy pocas veces podría ser superada sin perder la razón.

Shell vio las primeras luces de la aurora a través de la ventana. Encendió un cigarrillo y trató de calmarse pensando serenamente en lo que le sucedía.

De una forma extraña, sus pensamientos giraban mezclando dos imágenes distintas, las dos presididas por el signo del fuego: La ya lejana que aconteciera en la jungla de Vietnam, años atrás, y la otra, reciente, de un incendio que destruía multitud de obras de arte; cuadros valiosos que no podrían ser sustituidos jamás.

En las dos pesadillas reinaba un nexo común: el rostro burlón de un hombre.

El rostro de Dave Erikson, el organizador del horrendo sacrificio de la jungla, y el hombre cuya fotografía aparecía de modo sorprendente en el bolso de Sylvia Rains.

¿Qué podía haber entre ella y Erikson?

Sacudió la cabeza, molesto por ese nuevo giro de sus preocupaciones, un giro que parecía destinado a confundirle en su trabajo convirtiéndolo en algo con evidentes motivaciones personales.

Al fin, fastidiado y extremadamente nervioso, se levantó para sumergirse en una ducha fría que, no obstante, no consiguió librarlo de su nerviosismo.

Era muy temprano cuando abandonó el hotel. Compró un periódico y entró en una cafetería.

Los titulares de la primera página anunciaban con grandes caracteres tipográficos los detalles del proceso que ya había sido bautizado con un nombre impresionante:

«La matanza de My-Lay.»

Estuvo leyendo la información completa inserta en la segunda página. Cuando terminó pensó que, en cierto modo, todos ellos eran culpables de salvajadas como aquella, y que no cesarían por un simple proceso porque era una guerra sucia y brutal que no mostraba ni un signo esperanzador para los combatientes.

Se estremeció al imaginar un proceso contra los supervivientes de aquella patrulla avanzada, responsable de haber achicharrado a un ser humano mientras Dave Erikson reía a carcajadas envuelto en la oscuridad.

Pidió otro café y siguió sumido en sus recuerdos. Veía los rostros tensos y alterados de algunos de sus compañeros, tan poco conformes como él mismo con semejante salvajada injustificable, pero incapaz de imponerse al brutal Erikson, jefe del grupo.

El rostro contraído de Luigi: y no muy lejos, el de Bob Castairs, quien a pesar de su propia crueldad innata no aprobó aquello en ningún momento.

Aunque tal vez Castairs mostró su disconformidad debido a su repulsión hacia Dave Erikson. Todos sabían cómo odiaba al jefe del grupo de un modo instintivo e irrazonable.

Bob Castairs había muerto poco después en una escaramuza para ocupar un puesto de abastecimiento del Vietcong. Desapareció en mitad del combate y ni siquiera les quedó el consuelo de recuperar su cadáver, puesto que se vieron obligarlos a retirarse cuando una compañía del ejército regular de Vietnam del Norte casi les copó.

Sacudió la cabeza tratando de apartar esas viejas imágenes. Apuró el café y encendió otro cigarrillo. Estuvo unos instantes mirando la fotografía del capitán responsable de la matanza de My-Lay. Finalmente echó el periódico a un lado y trató de olvidar todo aquello para concentrarse en su trabajo.

Pagó y abandonó el bar encaminándose al edificio de la alcaldía, donde estaban ubicadas las oficinas centrales de la policía de la ciudad.

Jack Krazno era un hombre que frisaba en los sesenta, aunque a

juzgar por su erguido y fuerte cuerpo, pareciera mucho más joven. Tenía ojos pálidos y una mandíbula cuadrada y voluntariosa.

Recibió al investigador de seguros con cierta condescendencia, y desde un principio su trato tuvo mucho de irónico, seguramente porque estaba convencido que no eran precisamente los aficionados de la capital quienes podrían aclarar aquel misterio.

—En efecto —dijo—, guardo esa lata porque es una prueba concluyente. Pero no le aclarará a usted nada. Es una simple lata de gasolina como las hay a millares.

Dio un grito y apareció un joven policía de uniforme, al que le pidió que trajera aquella prueba de convicción.

Luego, añadió:

—Usted es forastero, amigo Adams... Lo cual quiere decir que no conoce nada de nuestra ciudad y sus nombres ilustres. Puedo asegurarle que la familia Rains es, entre todos, la más linajuda e importante.

—No me cabe duda.

—Quiero decirle con eso que ninguno de ellos tiene nada que ver con ese fuego provocado intencionadamente.

Shell no dijo nada. Le entregaron la retorcida lata y tal como dijera el jefe de policía, no le sirvió absolutamente de nada. El fuego la había retorcido de mala manera.

—No comprendo cómo el criminal la abandonó allí mismo —refunfuñó, dejándola a un lado—. Dígame, jefe: ¿se salvaron algunos de los cuadros de la galería?

—Creo que dos o tres podrán ser restaurados... el resto se convirtió en cenizas.

—Esas cenizas supongo que forman parte del enorme montón que llena las ruinas de la galería.

—Naturalmente.

—Eso lo complica más.

—¿Por qué? No veo que establezca diferencia alguna.

—¿Cómo podemos estar seguros que los cuadros ardieron realmente?

El jefe de policía dio un salto en su sillón y casi se levantó.

—Más despacio, joven —gruñó, cuando consiguió salir de su estupor—: ¿Pretende decir que los Rains retiraron los cuadros y

luego prendieron fuego a la galería?

—Es una posibilidad, una teoría como pueden elaborarse otras muchas en estos casos.

—Usted está loco.

—Tal vez —rio Shell—. Pero he visto casos semejantes anteriormente; no con cuadros precisamente, pero sí con pieles valiosas, o infinidad de otras mercancías de alto precio. Sus propietarios las retiran, ocultándolas en lugar seguro. Colocan otras de bajo precio y le prenden fuego al local asegurado. Si la cosa les saliera bien en todas las ocasiones, cobrarían la indemnización de las compañías aseguradoras y, además, podrían disponer de sus valiosas mercancías para venderlas a placer meses más tarde.

El jefe de policía había enrojecido, lleno de indignación.

—Ese no es el caso de los Rains —bufó.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Porque les conozco de toda la vida. Y porque no necesitan recurrir a esas sucias tretas. Poseen una sólida posición que no pondrían en peligro solo por el importe de un seguro.

—Ese importe, jefe, asciende a un millón contante y sonante.

—Incluso así... Sus plantaciones valen cinco veces más. Y poseen participaciones importantes en infinidad de industrias. ¿Por qué infiernos habrían de arriesgarlo todo por un millón?

—No me lo pregunte a mí. Me limitaba a exponer una teoría.

Krazno sacudió la cabeza, indignado.

—Olvídelo, Adams. Busque por otro lado. Supongo que ni a usted ni a su compañía les interesa perder el tiempo.

—Por supuesto que no. ¿Tiene usted alguna sugerencia acaso?

—En absoluto. Hemos investigado, naturalmente, pero sin resultado alguno. Quien fuese que prendió la fogata se esfumó después.

—Muy bien. ¿Quién odia a los Rains hasta el extremo de pegar fuego a su residencia? Usted conoce los entresijos de la vida local, jefe. ¿Qué puede decirme al respecto?

—Realmente, nada.

Shell esbozó una mueca de contrariedad.

—No estoy obteniendo mucha ayuda, por lo que veo. Veamos otro punto... El viejo Rains... ¿Pertenece al Klan?

Las espesas cejas de Krazno saltaron hacia arriba cual si quisieran emprender un vuelo por su cuenta.

—¿Al Klan? —exclamó—. Es una idea absurda.

—No me lo parece a mí

—Poro, hombre, ¿de dónde saca semejante absurdo?

—De un hecho muy concreto; dos miembros de esa organización me «aconsejaron» que abandonara el asunto y la ciudad. Y le aseguro a usted que no bromeaban en absoluto.

El jefe comenzó a preocuparse.

—Eso no me gusta nada —refunfuñó—. El Klan es muy poderoso en nuestro estado. ¿Le amenazaron?

—Bueno, me dijeron que me largara. La cosa puedo tomarse como una amenaza sin duda.

—Ya veo.

—Por eso preguntaba antes si el viejo Rains forma parte de esa organización.

—Bueno, lo ignoro, pero no sorprendería mucho. Rains es un nombre ilustre, ninguno de cuyos miembros ha sido nunca racista furibundo. Mantienen las distancias con los «morenos», pero sin extremismos.

—Si a esto es así, ¿por qué el Ku Klux Klan me ha advertido que me largue de la ciudad?

—Esa es una magnífica pregunta —ironizó Krazno—. Sería muy interesante poder hacérsela al propio Klan.

—Tal vez lo haga,

—¿Qué?

Shell se levantó.

—Volveré a verle, jefe.

Se estrecharon las manos sin mucha cordialidad. Cuando Shell se dirigía a la puerta el jefe murmuró:

—Suerte, Adams... va a necesitarla.

El investigador salió y cerró la puerta suavemente. En la calle, bajo un sol que empezaba a ser inclemente, se cruzó con un grupo de blancos encapuchados.

A Shell se le antojó un mal augurio...

CAPÍTULO VIII

DURANTE dos días, Shell se entregó a una labor rutinaria y aburrida, dedicado por entero a efectuar preguntas y más preguntas a una infinidad de gentes de todas clases.

No consiguió obtener ningún resultado.

Nadie parecía interesarse mayormente por el misterio del incendio intencionado. Nadie era capaz de señalar un enemigo de los Rains.

Bien es verdad que vislumbró envidias y rencillas, pero nada lo suficientemente importante como para servir de punto de partida para algo más convincente.

Muchas mujeres a las que interrogó mostraron su desagrado por la bella Sylvia Rains. La muchacha, al parecer, no gozaba de excesivas simpatías entre los miembros de su propio sexo de la ciudad.

Unas le reprochaban su excesiva libertad; otras, su desinterés por las asociaciones locales femeninas dedicadas a infinidad de tareas más o menos útiles.

La mayoría coincidían que en la vida de la muchacha había algún episodio escabroso, lleno de misterio.

Misterio que las mujeres de Erskine hubieran dado cualquier cosa para que dejase de serlo.

Desalentado, inquieto sin saber exactamente por qué, Shell dio por terminada aquella fase del trabajo y repasó sus notas.

Se detuvo en la declaración de una mujer, presidenta de cierto club femenino. Si bien tampoco ella había sido muy explícita, una frase de su declaración, ahora que la repasaba con calma, se prestaba a ciertas ampliaciones.

En consecuencia. Shell tomó su coche y fue en busca de la parlanchina dama.

Era esta una mujer de unos cuarenta y cinco años, un tanto rígida en su actitud, cabellos teñidos y rostro en el que una gran profusión de cremas y cosméticos luchaban vanamente para disimular las arrugas que empezaban a invadirlo.

Shell la saludó con su sonrisa de anunció dental.

—Espero no molestarla con esta nueva visita, señora. Sé lo atareada que está usted, pero...

—Por supuesto que no. En realidad, estaba pensando en usted.

—¿De veras?

Fingió sentirse halagado. Ella añadió;

—Una no tiene muchas oportunidades de hablar con hombres inteligentes y comprensivos aquí. Todos, o la mayoría, están sumidos en sus preocupaciones políticas o raciales. Apenas disponen de tiempo para atendernos a nosotras, las señoras...

—Se me antoja algo imperdonable —sonrió Shell.

—Por eso resultó agradable nuestra charla de hace un par de días.

—Justamente al repasar mis apuntes de nuestra conversación, se me ha ocurrido que resultaría interesante ampliarla.

Ella se mostró de acuerdo y le ofreció una bebida, que él, escarmentado, rechazó. Sus gustos respecto al whisky diferían radicalmente de los de la dama.

—Verá —empezó—, usted, y otras señoras, han coincidido en la opinión de que en la vida de Sylvia Rains debe existir un episodio oculto y misterioso...

—No me cabe ninguna duda —le interrumpió ella.

—Realmente, cualquier detalle, aunque parezca ajeno al asunto, puede resultar interesante para mi trabajo.

—Lo imagino.

—En sus manifestaciones, usted fue un poco más concluyente que las otras personas a las que entrevisté. ¿Lo recuerda?

—Naturalmente.

—Bien, el caso es que me gustaría saber si posee usted algún dato respecto a este asunto... algo concreto que me permita formarme una composición de lugar con ciertas garantías. ¿Me comprende?

—Creo que sí.

—¿Y bien?

—Concretamente, solo puedo decirle que Sylvia solía ausentarse cada viernes. Tomaba su coche y dejaba la ciudad rumbo al norte. Por regla general, marchaba muy temprano y estaba de regreso al anochecer. ¿Adónde iba con tanta, regularidad?

Shell captó la nota de malicia que latía en la voz de su interlocutora. Sonrió.

—Esa es una pregunta que me gustaría poder responder —dijo con seriedad—. ¿Lo sabe usted?

La mujer sacudió la cabeza.

—No, pero creo que existen pocas dudas que iba a reunirse con un hombre. Todos los viernes, ¿se da cuenta? Y de pronto, eso terminó y ya no volvió a marcharse. No obstante, ella siguió rehusando unirse a nuestro club —terminó con rencor—. Por falta de tiempo, según su excusa de costumbre.

—Ya veo... No creo que hayamos adelantado mucho, a pesar de su buena voluntad —murmuró—. Todo lo que sabemos es que, cada viernes, ella emprendía un corto viaje hacia el norte, y que al anochecer estaba de regreso.

—Eso es. Tomaba la carretera y se marchaba. A mí también me gustaría saber adónde iba y con quién se reunía.

«Con Dave Erikson, seguramente», pensó Shell con una extraña sensación de malestar.

Se levantó, despidiéndose.

Condujo hacia el centro sin prisas, reflexionando. Un misterio en la vida de Sylvia Rains no era nada que pudiera resultar interesante para su investigación, pero su experiencia le había enseñado a no confiar jamás en las apariencias.

Sin que su voluntad interviniera apenas, cambió el rumbo y enfiló la salida de la ciudad por la ruta del norte. Sylvia tomaba aquel camino cada viernes, por la mañana, y regresaba al anochecer. Si realmente iba a reunirse con alguien, no podía alejarse mucho.

No se atrevió a confesarse a sí mismo los motivos reales que le empujaban a realizar ese recorrido, en cuya determinación influía en buena parte el recuerdo de la fotografía de Dave Erikson que Sylvia llevaba en el bolso.

La carretera discurría bordeando los pantanos. Una espesa cortina de vegetación exuberante se alzaba formando una barrera impenetrable. Como contraste, el otro lado albergaba una sucesión de colinas casi desiertas.

Conducía a velocidad media, tal como seguramente conduciría la muchacha en su recorrido.

Una hora más tarde, descubrió un desvío adornado con un arco en el que podía leerse que aquel camino conducía a un albergue para automovilistas.

Tras una ligera vacilación, lo tomó y poco después llegaba a la enorme explanada destinada a aparcamiento.

Dejó el coche y se encaminó a la oficina de recepción. Había un hombrecillo con cara ratonil leyendo un periódico tras la mesa de la entrada. Apenas levantó la mirada cuando dijo:

—Solo quedan cabañas de diez dólares, amigo.

—No quiero alojamiento.

Enarcó las cejas y apartó el periódico.

—Entonces, ¿qué diablos quiere usted? —gruñó.

Shell estudió sus afiladas facciones y el brillo codicioso de sus ojillos hundidos.

—Tengo un alma caritativa —aseguró—. Ando repartiendo billetes de diez dólares a receptionistas de paradores automovilísticos.

—No me diga.

Echó mano al bolsillo y mostró un puñado de billetes.

—Incluso, hay días que la cosa me da por añadir otro de cinco.

—Quince pavos, ¿eh? —graznó el hombrecillo—. Aquí estoy yo para facilitarle su buena obra.

—Bueno, quince dólares me dan derecho a ciertos privilegios, según creo.

—¿Como cuáles?

—Ciertos informes, por ejemplo.

—Ya me parecía a mí que la cosa no era tan fácil...

Shell separó algunos de los billetes y guardó el resto.

—Creo que me equivoqué al contar —dijo, manoseándolos—. Aquí han quedado veinte.

—Los números redondos son mis preferidos —aseguró el

repcionista.

—Veamos si es verdad. ¿Conoce usted a una muchacha llamada Sylvia Rains?

El hombre hizo una mueca.

—Todo el mundo conoce a la familia Rains en estas tierras.

—Yo no le pregunto por la familia, sino por la muchacha.

—Bien, la conozco, por supuesto.

—Hace algún tiempo, no mucho, solía abandonar la ciudad todos los viernes. ¿Venía aquí?

—Escuche, no acostumbramos a chismorrear sobre nuestros clientes.

—¿Acostumbran acaso a embolsarse veinte dólares sin trabajo alguno?

—Bueno, la verdad es que hemos de ganarlo duramente. Vengan esos veinte pavos.

—Más despacio, amigo.

—Conforme: ella venía aquí.

Shell dejó escapar un suspiro. El hombrecillo añadió:

—Desde luego, se inscribía con un nombre supuesto, las pocas veces que llegaba primero.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que casi siempre él estaba ya aquí cuando la chica llegaba.

—Ya veo. ¿Qué puede decirme de él?

—Estatura mediana, muy moreno, ojos oscuros fuerte, cabellos cortos y negros. Tenía una cicatriz en la mejilla izquierda. Eso es todo lo que sé, porque imagino que su nombre sería también falso...

—¿Qué nombre?

—Robert Bridge.

—¿Qué sucedía una vez aquí, alquilaba una cabaña de diez dólares o un apartamento o qué?

—Una cabaña, pero apenas la usaban. Daban largos paseos por el bosque, junto a los pantanos y la cascada.

Shell enarcó las cejas.

—¿Paseos? —gruñó—. ¿No eran amantes?

—Bueno, debían serlo, pero yo diría que era un amor más bien

romántico, si usted lo entiende —dijo con una sucia risita—. Perderían el tiempo cogidos de las manos, ensimismados y felices. Luego, ella se marchaba y él quedaba solo aquí, en la cabaña, donde pasaba la noche.

—Muy curioso. ¿Siempre era el mismo tipo, no la vio alguna vez con otro?

—Nunca.

—Su descripción no coincide con la que yo tengo... La de un hombre alto, hercúleo, cuello de toro y cara de facciones duras y ojos grises...

El recepcionista estaba sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—Ni hablar —atajó—. Ese fulano que usted describe no se me olvidaría si lo viera. No; el que se reunía con ella era de estatura mediana, y si bien era fuerte, no puede compararse con ese candidato de usted. Además, le repito que tenía una ligera cicatriz en la cara.

—Comprendo... Desde que se interrumpieron esas reuniones, ¿ha vuelto a verlo usted alguna vez?

—No, ninguno de los dos ha vuelto.

Shell le entregó los veinte dólares. El recepcionista los hizo desaparecer vertiginosamente.

—Vuelva por aquí alguna otra vez —invitó con una risita—. Su dinero será siempre bien recibido.

—No me cabe duda... Escuche, podrá ganarse cincuenta dólares más si hace lo que le diré.

—Por cincuenta pavos hago cualquier cosa —aseguró—. Bueno, menos algo que me proporcione disgustos, por supuesto.

—Nada de disgustos. Solo tiene que llamarme por teléfono al hotel Globe, en Erskine, si ve por aquí al hombre que se reunía con la muchacha. También deberá telefonarme si la ve a ella en compañía de otro, posiblemente el que le he descrito antes.

—¿Y solo con llamarle me ganaré cincuenta dólares?

—Exactamente.

—Conforme, cuente usted con ello. Pero, ¿qué pasa si llamo y usted no está?

—Diga que tomen nota para que yo le llame a usted cuando regrese al hotel.

—Está bien, lo haré.

Shell se despidió y se fue en busca de su coche. Le hubiera gustado mucho saber quién era el hombre de la cicatriz, y por qué sus encuentros con la muchacha se habían interrumpido de repente.

Aunque esto último casi podía adivinarlo...

CAPÍTULO IX

TERMINABA de cenar cuando un empleado le anunció que un desconocido deseaba verlo.

Shell dijo que le recibirla en el comedor y siguió con su taza de café negro, preguntándose no obstante quién podría ser el tal desconocido.

Cuando le vio casi dio un salto fuera de la silla.

Porque el visitante era el teniente Sterling.

Tras los primeros instantes de desconcierto, preguntó, estrechándole la mano:

—¿Qué demonios está, usted haciendo en Erskine, teniente?

—He venido únicamente para verle a usted. Un condenado viaje para hacerlo con prisas.

—No comprendo...

Pidió más café para los dos y esperó.

Sterling dijo pausadamente:

—Usted me dio unos nombres, ¿recuerda?

—Desde luego.

—Bueno, ha habido otra baja en su patrulla —murmuró sin inflexiones en la voz.

—¿Otra baja? —exclamó Shell—. ¿Quiere decir que han matado a otro?

El policía asintió.

—En realidad le mataron poco después que al matrimonio Parello. Solo que el tipo vivía solo y tardaron un par de días en descubrirlo.

—¡Maldita sea! Suéltelo de una vez. ¿Quién...?

—Sam Garen.

Shell contuvo el aliento, estremeciéndose.

—Sam... —musitó.

—Hemos establecido que fue asesinado apenas una hora después que lo fueran Luigi Parello y su esposa Perla. La bala que le mató fue disparada por la misma pistola que acabó con Luigi, una «32».

Atónito, Shell permaneció mudo. No alcanzaba a comprender la razón de aquellos crímenes, y menos si tenía en cuenta que Luigi fue asesinado cuando al parecer se disponía a revelar algo verdaderamente importante.

Ante su silencio, el teniente prosiguió:

—Interrogué a los restantes miembros del grupo cuyos nombres usted me facilitó. Efectivamente, como usted dijo. Vandell estaba enfermo. Establecí sin lugar a dudas que no había abandonado su apartamento en varios días...

—¿Y el otro, Dave Erikson?

—Un tipo curioso, bronco y rudo, ¿eh? Bien, confieso que me impresionó de modo desagradable. En principio, le convertí en el sospechoso número uno... hasta que pude comprobar sus coartadas para ambos crímenes.

—¿Las tenía?

—Seguro. Firmes como una roca. Él no mató a ninguno de ellos. En vista de lo cual, le recomendé que anduviera con tiento, puesto que el asesino parecía empeñado en eliminar a los supervivientes de la antigua patrulla avanzada... en la que usted también formó.

—¿Quiere decir con todo esto que el asesino puede intentar liquidarme a mí también?

El teniente se encogió de hombros.

—Quién sabe... Es una posibilidad a tener en cuenta.

—Ya veo. ¿Ha venido solo para prevenirme?

—Bueno, alguien debía hacerlo. Pero tenía la esperanza de que pudiera usted ayudarme con cualquier dato, quizá sin aparente importancia, pero definitivo. Ustedes se conocían todos, habían convivido juntos durante meses y luego siguieron viéndose regularmente, una vez de regreso al país. ¿Qué me dice, Adams?

—Lo lamento, teniente. No creo que mi ayuda vaya a servirle de mucho. El único al que veía con cierta frecuencia era a Sam Garen. A los otros, apenas una vez al año, en el aniversario de nuestro

licenciamiento.

—Bueno, a Garen lo han asesinado. ¿Por qué, Adams? Esa es la cuestión. La noche de su muerte estuvo hablando con alguien por teléfono largamente, lo hemos comprobado por medio de otro doctor que intentó varias veces hablarle y encontró que el teléfono de Garen comunicaba continuamente. Tal vez fue con Luigi con quien habló, antes que este le llamara a usted por larga distancia.

—Posiblemente —murmuró Shell—. Eso explicaría que les mataran a los dos. Pero seguimos sin tener un motivo razonable... ¡Infiernos!

Sterling levantó la mirada y esperó. Shell murmuró poco después:

—Sam me dijo que alguien había seguido a Luigi y a Erikson después de nuestra reunión... Él lo vio desde su ventana, pero cuando bajó a la calle todos habían desaparecido ya.

—De modo que alguien les espiaba... ¿Le siguieron a usted también, lo sabe?

—No puedo decirlo, aunque creo que no. Claro que pudieron hacerlo sin que me diera cuenta.

—Eso es muy extraño. De ser cierto, creo que habré de preocuparme un poco más de Dave Erikson, puesto que es presumible que también él sea un candidato para el depósito de cadáveres. ¡Endiablado asunto! —bufó, impaciente.

—Se me ocurre que Dave puede cuidarse muy bien por sí mismo. Siempre lo hizo, incluso en Vietnam. Es un hombre despiadado y muy duro.

—Eso creí comprender al conocerle. En cuanto a usted, Adams, ya está advertido. Viva prevenido y no dude en comunicarme cualquier cosa que le ocurra, aunque aparentemente no sea importante.

—Lo haré, por supuesto,
Sterling se levantó.

—Bien, ya le he advertido, y he obtenido mucho más de esta entrevista de lo que imaginé en un principio. Suerte, amigo...

Adams estrechó su mano y lo vio marchar con el ceño fruncido.

Poco después, él también se levantó, abandonando el comedor.

Apenas había tenido tiempo de cerrar la puerta de la habitación

cuando el teléfono comenzó a llamar. Descolgándolo, Shell oyó la voz profunda y suave de Sylvia Rains...

* * *

Llegó a la residencia de la familia Rains y la muchacha acudió a su encuentro, cuando saltó del coche.

Sylvia estaba muy pálida y sus ojos insondables continuaban siendo un misterio para Shell.

—Entre —musitó la joven—. Le agradezco que haya venido.

Le condujo al interior y él tomó asiento un tanto intrigado sin comprender la razón de aquella intempestiva llamada.

Ella daba la sensación de no saber cómo empezar. Quizá para ganar tiempo, se acercó a un pequeño mueble bar y preparó un vaso con whisky y cubitos de hielo.

Shell dijo sin rodeos:

—Y bien, ¿qué ocurre?

Sylvia estaba de espaldas a él. Sin volverse murmuró:

—Yo... Creo que necesito su ayuda.

—¿Para qué? No comprendo su actitud... Hasta ahora, tuve la impresión de que me consideraba poco menos que un enemigo.

—Olvide eso. He reflexionado mucho desde que usted llegó.

—Bueno, dígame qué le preocupa.

Ella dio la vuelta y le acercó el vaso, que Shell tomó sorbiendo el licor sin prisas.

Sylvia se dejó caer cansadamente a su lado.

—Sé que ha estado usted haciendo averiguaciones sobre mí... sobre nosotros —rectificó—. ¿Continúa sospechando que tenemos algo que ver con el incendio?

—Jamás sospecho de nadie sin tener algo concreto en que basar mis sospechas. Ustedes se benefician de la póliza, muy bien. Pero puede haber otros intereses mezclados con este caso, y si es así los descubriré tarde o temprano.

Ella pareció asentir con un leve gesto.

—Mi hermano ha emprendido un viaje a Nueva York —musitó de pronto—. Creo que estará ausente varios días...

—¿Y...?

No respondió enseguida. Estuvo martirizándose dedos de una

mano con la otra, nerviosamente.

Y repentinamente, en un murmullo apenas audible, susurró:

—Tengo miedo, señor Adams.

—¿Miedo?

Ella asintió.

—Mi nombre es Shell, recuérdelo. En cuanto a su miedo, no es ninguna sorpresa para mí.

—Sí, recuerdo que me preguntó sobre ello...

—Sus ojos la delataron. Ahora, dígame de qué tiene miedo.

—De todo... y de nada concreto.

—Eso no nos ayuda mucho. Desde el momento que me ha llamado, forzosamente debe tener algo mucho más concreto que decir al respecto.

—No, yo... quería pedirle un favor, eso es todo.

—Bueno, adelante —la animó.

—Se me ocurrió que... que usted podría alojarse en esta casa durante la ausencia de mi hermano.

Dominando su estupor, Shell dijo calmadamente:

—¿Por qué no se lo pide a Dave Erikson, por ejemplo?

Ella respingó, casi levantándose.

—¿Cómo sabe...? Comprendo —dijo, tensa—; ha estado también investigando esta faceta de mi vida privada.

Él sacudió la cabeza.

—No ha sido necesario, aunque lo hubiera hecho de todos modos. Simplemente, vi la fotografía de Dave el día que le cayó a usted el bolso.

—Pero... no comprendo. ¿Cómo sabe usted su nombre?

—Conozco a Dave Erikson muy bien, muchacha.

—Es asombroso...

—Estuvimos juntos en Vietnam —explicó—. ¿Qué significa él para usted?

—¿No cree que eso no tiene nada que ver con su trabajo?

—Tampoco tiene nada que ver con mi trabajo el venir a alojarme aquí, en calidad de guardaespaldas, y usted me lo ha pedido.

Ella desvió la mirada. Un suave color había subido a sus

mejillas, hasta entonces muy pálidas.

—Dave... me pidió que me casara con él.

Shell suspiró.

—Es una manera un tanto curiosa de decirlo —gruñó—. Pero dejando esto aparte, ¿por qué no recurre a él si usted considera que existe un peligro que la amenaza, a usted o a su padre?

—Bien... él no está aquí. Además, si él pretende casarse conmigo, no sería correcto que viniera a vivir en mi misma casa.

—Ya veo. ¿Van a casarse realmente?

Sylvia no replicó. Nerviosamente, buscó un cigarrillo y lo encendió con la llamita del encendedor que Shell le ofreció.

Después susurró:

—No hay nada decidido todavía.

—¿Por qué no es usted sincera conmigo de una maldita vez?

Sylvia se estremeció.

—No tengo nada más que decirle... Yo esperaba que usted aceptaría mi solicitud, entre otras razones porque aquí podría investigar más de cerca. Pero eso no le da derecho a acosarme de este modo.

—Cuando tengo un problema de esta clase entre manos, no me preocupo mucho de cuáles son mis derechos. Lo único que me interesa son los resultados.

Ella no replicó. Consumía el cigarrillo como si de acabarlo cuanto antes dependiera algo importante.

Al fin, Shell gruñó:

—¿Va a confiar en mí, si o no, Sylvia?

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Porque yo puedo ayudarle. Es así de sencillo.

—Eso dice usted... pero no veo ninguna razón ahora para que usted estuviera dispuesto a ayudarme. Cuanto más hablo con usted más convencida estoy que únicamente ayudaría a su ambiciosa compañía aseguradora.

Él rio sin humor.

—A veces resulta usted divertida...

Se interrumpió al oír el estridente timbre del teléfono. La muchacha se acercó al aparato y habló brevemente por él. Luego, se volvió.

—Es para usted, señor Adams...

—Shell. Tiene usted muy mala memoria.

—Shell.

Una pálida sonrisa alegró un instante sus labios. Él tomó el auricular y dijo:

—Adams al habla.

Una voz seca, rotunda, dijo:

—Se le avisó una vez, Adams. Esta es la última. Lárguese de la ciudad y no vuelva.

—¿Qué pasará si tampoco en esta ocasión hago caso de tan amable advertencia? —indagó con sarcasmo.

—No podrá usted arrepentirse de su propia estupidez.

—Lo pensaré.

—No tiene nada que pensar. Todo lo que tiene que hacer es tomar la carretera y esfumarse.

—¿Eso es todo?

—No, hay algo más.

—Esta es una conversación sumamente interesante. Adelante, fantasmón, les escucho.

Sin alterarse, la voz añadió:

—Presentará un informe favorable a los Rains sobre el incendio. De no hacerlo así, no habrá en todo el país un lugar lo bastante seguro para usted. Nuestro poder le alcanzará dondequiera que vaya a esconderse.

—Ya veo...

—Mañana debe haber abandonado el caso y la ciudad.

—Mucho tiempo es ese...

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó. Despacio, Shell depositó el auricular en el soporte.

La muchacha inquirió:

—¿Qué sucede, Shell?

—Creo que voy a aceptar su amable ofrecimiento.

—¿Cómo?

—Alguien me ha dicho que abandone la ciudad, y que de paso presente un informe favorable a ustedes en la compañía aseguradora. En caso contrario atraeré sobre mi cabeza los rayos de

la venganza.

—Dios santo...

—¿Cómo sabían que estaba aquí, muchacha?

—Eso es terrible.

—No tanto. Ya me advirtieron una vez dos individuos con la insignia del Klan en la solapa. Parece como si hubiesen tomado bajo su protección los intereses de la familia Rains, ¿no cree?

—¡Usted no puede creer eso!

—Nadie puede impedir que lo piense, teniendo en cuenta el modo como están sucediendo las cosas.

—¡Pero es imposible, nunca hemos tenido tratos con esa maldita organización!

La vehemencia de su voz hizo tambalearse las ideas del investigador.

—Quizá sea cierto, pero también lo es que ellos acaban de amenazarme si no obedezco, ¿comprende?

Ella estaba muy pálida otra vez. Y en sus hermosos ojos el miedo ponía sombras extrañas.

Shell añadió:

—Me quedaré aquí todo el tiempo que usted quiera. Sylvia, siempre que decida confiar en mí y contarme lo que sabe, esa cosa terrible que le llena de miedo. No creo que eso sea pedir demasiado puesto que si he de correr un riesgo justo es que sepa de qué lado pueden llegarme los golpes.

La muchacha titubeó. Shell encendió un cigarrillo después de ofrecerle otro a ella. No la acució, comprendiendo que el propio miedo obraría como acicate en la voluntad de Sylvia.

—Aunque confiase en usted, no creo que pudiera comprender la razón de mi temor —susurró al fin.

—Pruebe a ver.

—Parece algo tan absurdo... tan inconsciente si no se conoce la fuente de todo el desgraciado asunto...

—Tal vez esa fuente no sea un misterio para mí.

—No sabe lo que dice —musitó la muchacha—. Es un misterio incluso para mi propia comprensión.

—Veámoslo —dijo él.

—Yo... conocí a un hombre, hace tiempo. Era agradable

conversar con él, tenía buena presencia y parecía tan atento... tan distinto de esos jóvenes egoístas que la rodean a una por todas partes...

—Usted se enamoró de él —aventuró Shell, al notar que se interrumpía.

—No sé si fue amor, o un sueño absurdo. Aquel hombre sí dijo estar profundamente enamorado de mí. Pero era el suyo un amor enfermizo, posesivo, un sentimiento que se convirtió en obsesión incontenible... Él...

—Él se llamaba Robert Bridge —la atajó Shell con voz calmosa.

—¡También sabe usted eso...!

—Mi trabajo consiste en averiguar cosas, ¿lo ha olvidado?

Ella se disponía a responder cuando las luces se apagaron bruscamente.

Sylvia dejó escapar un débil grito.

Shell masculló:

—No me diga que también tiene miedo de la oscuridad.

—Alguien ha apagado las luces, Shell... intencionadamente.

Él rio entre dientes.

—¿No oyó hablar alguna vez de averías eléctricas, muchacha?

—¡No es una avería!

Como si el destino quisiera darte la razón, en alguna parte inconcreta, profunda, cual si brotara de las paredes, se elevó una risotada demencial, una carcajada demoníaca que causaba escalofríos.

Shell se levantó de un brinco.

La carcajada cesó y todo fue silencio.

CAPÍTULO X

AQUELLA risa fantasmal repercutió en su subconsciente como un latigazo, llevándole a otros tiempos y otros escenarios, retrotrayéndole a una noche de pesadilla en la que un hombre fue quemado vivo atado a un árbol muerto, en un claro de la selva vietnamita.

A su lado. Sylvia susurró:

—¡Es él!

—¿Quién, Dave Erikson?

—¡No! No puede ser Dave... Robert Bridge...

—Lo dudo. No es la primera vez que oigo esa risotada maldita.

—¿Usted?

—Cállese ahora.

El espeso silencio les envolvió de manera irreal, absoluta.

Los dedos de Shell acariciaron la culata de su «38», que llevaba en una funda sujeta al cinturón. Dudó con empuñarlo o no, puesto que no deseaba matar, sino saber.

Averiguar hasta qué extremo lo que estaba sucediendo tenía relación con aquel pasado maldito que no conseguía olvidar...

De pronto, en alguna parte de la casa, se escucharon unos pasos.

La muchacha buscó apoyo en él y se agarró nerviosamente a su brazo.

—¿Lo oye? —musitó sin voz.

—No soy sordo.

Ella le sujetó más fuerte todavía. Impaciente, Shell masculló:

—Suélteme: iré a ver qué clase de broma es esta.

—¡No quiero quedarme sola aquí, Shell!

—Entonces, venga conmigo, pero procure no estorbar si las cosas se ponen calientes...

De pronto, ella susurró:

—Los pasos... suenan en la escalera...

—Vamos a ver de quién se trata realmente.

Echó a andar hacia la puerta, pero la muchacha le sujetó firmemente, incapaz de seguirle.

—¡No me deje, Shell?

Antes que él pudiera replicar, la voz gruñona del viejo Rains preguntó, desde las escaleras:

—¡Sylvia! ¿Estás ahí? No veo nada... ¿Quién se rio?

—¡Es papá!

Se soltó bruscamente. Shell suspiró, porque aquello lo complicaba todo.

Y en aquel instante sonó un grito horrible, y alarido espantoso que cesó tan bruscamente como se había iniciado.

Shell dio un salto hacia la puerta, y ahora empuñó su revólver con mano firme. Ya no habría más vacilaciones. Quien fuera que estaba jugando a los fantasmas no tardaría en tropezar con una bala.

—¡Shell, no vayas! —chilló la muchacha.

Él ni la oyó. Atravesó una estancia vecina y desembocó en el vestíbulo como una tromba. Confusamente, creyó captar una presencia humana moviéndose a su derecha. El revólver giró, buscando aquella sombra. Pero al mismo tiempo oyó un extraño jadeo al pie de la escalera, frente a él.

Avanzó rápidamente. La voz de la joven le llamó otra vez, pero ni siquiera le hizo caso.

Sus pies tropezaron con una masa blanda y se detuvo.

—¿Es usted, señor Rains? —jadeó.

No obtuvo respuesta. Inclinandose, dijo:

—Soy Shell Adams. ¿Qué sucedió aquí?

Tanteó el cuerpo inerte, convenciéndose de que se trataba del dueño de la casa. Alguien dejó escapar un resoplido en la oscuridad y unos pasos se alejaron a trompicones.

Shell se irguió de un salto;

—¡Eh, quieto! —rugió.

Los pasos se detuvieron y la puerta del jardín giró, recortando un oscuro recuadro del exterior. Una sombra voló a través del

portal zambulléndose de cabeza al porche.

Shell apretó el gatillo. El revólver tronó, horrísono entre las paredes. Fuera, unos pies hicieron chirriar la gavilla al correr desaforadamente.

—¡Maldito sea! —exclamó Shell.

Se lanzó corriendo hacia el jardín. Cuando se convenció de que todo era inútil y de que el intruso había logrado escapar, se detuvo. La verja estaba abierta de par en par.

Regresó sobre sus pasos más enfurecido cada vez. Al llegar al portal oyó sollozar a la muchacha y entró

—¿Sylvia?

—¡Shell, oh, Shell! —gimió.

La buscó en la negrura, encontrándola acurrucada junto a la puerta del salón interior.

—Escapó —dijo, disgustado—. Pero tu padre debe haberse caído por las escaleras... Necesitamos luz. ¿Dónde está la caja de registro?

—Atrás... en la cocina...

—Guíame. A oscuras poco podemos hacer por el viejo.

En un minuto llegaron a la cocina. Alguien había quitado un plomo, que Shell enroscó de nuevo en su lugar. Las luces se encendieron de golpe.

Corrieron hacia la escalera. Cuando él quiso detener a la muchacha para impedirle ver el pavoroso espectáculo ya fue demasiado tarde.

Sylvia se detuvo como si hubiera tropezado con muro de ladrillo. Sus ojos se desorbitaron, horrorizados, y un largo chillido brotó de sus contraídas mandíbulas.

Shell tuvo el tiempo justo de cazarla al vuelo, antes que se desplomara, inconsciente. Maldiciendo entre dientes, la tendió sobre un viejo diván y luego se acercó al cadáver.

Una horrible cuchillada casi le había decapitado. La sangre era como un torrente escarlata y la cabeza torcida en un ángulo absurdo, parecía mirarle con reproche.

Sobre la sangre, al pie del primer escalón, yacía un cuchillo de ancha y afilada hoja, cuya empuñadura era una filigrana de talla salvaje y primitiva.

Shell sintió que sus piernas vacilaban, porque aquel era uno de los mortales y cortos yataganes que los guerrilleros utilizaban de modo fulminante en el silencio de las selvas vietnamitas.

Retrocedió hasta donde había dejado a la muchacha y, levantándola en brazos, la llevó a la sala donde habían permanecido antes, cuando se apagaron las luces.

Llenó un vaso hasta la mitad con whisky puro y la obligó a beber casi todo el licor. Sylvia se estremeció, tosió y jadeó. Luego, abrió sus ojos llenos de horror.

—Tranquila, pequeña, no empieces otra vez...

—¡Shell! Era papá... estaba...

—Muerto, es verdad, pero...

Ella estalló en sollozos, apretada contra él. Shell la rodeó con sus brazos, dejándola que las lágrimas le sirvieran de válvula de escape para su terrible tensión.

Sentía en sus manos los estremecimientos del duro cuerpo de la muchacha. Fue justamente en aquel instante cuando comprendió lo que ella significaba para él. Lo había sabido mucho antes, pero su voluntad se había negado a admitirlo.

Pero ahora no.

En esos instantes en que la tensión y el miedo, y el furor incluso, vencían toda otra consideración, él comprendió sus profundos sentimientos y los aceptó, despreciando el riesgo que amar a aquella mujer podía significar.

—Shell...

—Tranquilízate.

—Es horrible... le habían... le habían...

—Trata de no pensar en ello ahora. No conduce a nada desesperarse más de la cuenta.

—¿Qué podemos hacer?

—De momento, llamar a la policía. Después, quiero efectuar una llamada a larga distancia. Es preciso acabar con esta maldita situación de una vez por todas.

—Pero, Shell... ¿Quién...?

—Creo que sé quién lo hizo, pero es algo demasiado grave para aventurarse a formular acusaciones sin una base más sólida.

La dejó que siguiera llorando, hundida en una butaca, y él habló

con Jack Krazno, jefe de policía de Erskine.

Cuando colgó el auricular preguntó a la muchacha:

—Dime; si hubieses llegado a casarte con Dave, ¿proyectaba él irse a vivir a Europa?

—Sí... pero solo en el caso de haber podido adquirir un paquete de acciones de cierta corporación en la que está trabajando mi hermano.

—Entiendo...

—¿Cómo has podido averiguar eso?

—Él mismo nos lo dijo.

Descolgó el teléfono otra vez y pidió hablar con el teniente Sterling, en la capital.

Hubo de esperar unos minutos antes de oír la voz del policía, nítida, en el auricular.

Le contó brevemente lo que acababa de suceder y luego indagó:

—Usted me dijo que hablaría con Dave Erikson, teniente. ¿Lo hizo?

—No, fue imposible localizarlo. Todo indica que ha salido de la ciudad.

—Comprendo. Eso es cuanto quería saber.

—¡Espere un minuto! —gritó el policía—. ¿A qué viene todo esto, Adams, ¿encontró alguna evidencia contra Erikson?

—Nada que le sirva a la policía, teniente. Pero yo no necesito tantos legalismos para actuar.

—Escúcheme; voy a emprender ese maldito viaje otra vez y hablaremos usted y yo. Si realmente posee usted evidencias, o simplemente sospechas, contra ese hombre, me ocuparé de llegar al final con pruebas o sin ellas. Pero maldito sea si...

—No se desgañite. Las cosas, aquí, están precipitándose. No creo que llegase usted a tiempo de arreglar nada.

—Eso no puede usted saberlo, Adams.

Shell colgó y permaneció unos instantes inmóvil. Poco a poco la muchacha se levantó y fue a colocarse a su lado.

—Shell —susurró, con las lágrimas todavía deslizándose por sus mejillas.

Él se volvió y sus brazos la rodearon por la cintura, apretándole suavemente contra sí.

Sylvia prosiguió:

—Por lo que acabas de hablar con ese policía, tú crees que Dave

...

Él asintió con un gesto.

—Pero es monstruoso... no puedo creer que él haya sido capaz...

—Nos falta averiguar muchas cosas todavía —objetó Shell—. Pero estoy seguro que Dave Erikson está mezclado en este asunto de algún modo. Nos dijo cínicamente en una reunión que pensaba casarse para obtener ese cargo en Europa. Ahora sé que por el simple hecho de casarse contigo no conseguía la presidencia de la corporación ni mucho menos... excepto si lograba comprar ese paquete de acciones. Bueno, me consta que no posee dinero suficiente para eso ni mucho menos. En realidad, nunca ha tenido dinero.

—Sin embargo...

Él comprendió que era preciso barrer de una vez el afecto que Sylvia pudiera guardar todavía por Erikson y añadió:

—Con un millón de dólares en tu poder, sí hubiera podido adquirir las acciones, y con ellas la jefatura de la corporación en Europa. El millón de dólares de la póliza de seguros.

Ella se estremeció entre sus brazos. Hubo unos instantes de silencio, y de pronto Shell dijo entre dientes:

—Hay otra cosa todavía, pequeña... Esa risa me ha llegado al fondo del cerebro, como aquella maldita noche, en Vietnam... No podré olvidarla jamás.

—Es imposible, Shell... Dave habló con papá muchas veces... parecía apreciarle...

—Dave solo es capaz de apreciar a Dave Erikson. Le conozco bien.

Sylvia no replicó. Levantó la cara inundada de lágrimas hacia él, como buscando en sus ojos la seguridad de su protección. Shell vio los labios húmedos y temblorosos tan cerca de los suyos que apenas movió la cabeza y el beso estalló en sus bocas como un chispazo.

Fue algo fatal, inevitable, un hecho que ambos habían sabido que debía suceder en cualquier momento. De modo que su entrega fue total y en breves instantes, aunque de modo fugaz, el terror

desapareció y las pesadillas quedaron relegadas al olvido.

Después, inopinadamente, Shell pensó en el hombre que había permanecido esperando a Luigi y al propio Dave al finalizar la reunión en casa de Sam Garen y comprendió que las cosas no eran tan sencillas como imaginaba.

Pero la muchacha estaba entre sus brazos y eso era lo más importante.

CAPÍTULO XI

EL jefe Krazno y sus policías habían invadido la casa. Había fotógrafos oficiales, peritos en huellas, un médico y dos enfermeros que esperaban pacientemente para llevarse el cadáver.

Krazno quería hacer las cosas como los policías de la capital.

Shell fumaba incesantemente, sentado en el alféizar de la ventana. Había conseguido que el médico facilitase un sedante para Sylvia, y la muchacha descansaba ahora en su habitación.

El jefe Krazno ladró unas órdenes destinadas a estimular a sus hombres y luego se aproximó al investigador frotándose furiosamente el mentón.

—Eso no tiene sentido alguno —bufó—. Primero usted ve un cuchillo junto al cuerpo. Luego, el cuchillo desaparece... ¿Cómo puede usted explicarlo?

—De ningún modo. Todo lo que puedo decirlo es que el cuchillo estaba allí, y que cuando ustedes llegaron se había esfumado. Supongo que el criminal volvería mientras Sylvia y yo estábamos en la sala...

—¿Se arriesgó a volver solo para recuperar su cuchillo?

—Aunque parezca absurdo, así debió ocurrir. Ese maldito yatagán es un arma terrible, y cuando alguien se tomó la molestia de traérselo desde Vietnam, le gusta conservarlo. Aunque en este caso, el asesino lo recobró por otro motivo, con toda seguridad.

—¿Qué motivo?

—Sencillamente; está seguro que lo necesitará otra vez.

Krazno dio un respingo.

—¿Quiere decir que piensa matar otra vez?

—Seguro.

—Ahora solo falta que también sepa a quién —gruñó el policía

con evidente sarcasmo.

—Lo sé, desde luego.

—¡No me diga! ¿A quién, sabelotodo?

—Él cree que me matará a mí.

—Usted está loco, Adams; majareta, si es que lo entiende.

—Lo entiendo.

Arrojó el cigarrillo a través de la ventana y se irguió.

—Si no me necesita, jefe, creo que me largaré al hotel

—Váyase; yo dejaré dos hombres de guardia aquí, tal como le prometí a Sylvia. No tiene usted que preocuparse por la seguridad de la muchacha.

Durante todo el camino hasta el hotel estuvo reflexionando a marchas forzadas. No le cabía duda de la intervención de Dave Erikson en los sucesos sangrientos que se habían desarrollado en los últimos días. Únicamente había otro factor que perturbaba el cuadro de alguna manera incomprensible todavía.

Anduvo cabizbajo, pensativo, sin prisas, tratando de esclarecer las sombras que enturbiaban su comprensión de todo el embrollo. De lo que sí estaba casi seguro era que la compañía habría de pagar aquel hermoso millón de dólares a los herederos del viejo Rains.

El vestíbulo estaba desierto cuando lo atravesó cansinamente. Desde su puesto, el recepcionista exclamó:

—¡Un instante, señor Adams, hay un telegrama para usted!

Lo tomó, abriéndolo en el ascensor. Comprobó que estaba firmado por el teniente Sterling y soltó un gruñido de disgusto.

El teniente ratificaba su decisión de reunirse con Shell esa misma noche. Al mismo tiempo, detallaba que sus investigaciones le habían llevado a averiguar que dos de los miembros de la desaparecida patrulla en Vietnam eran oriundos de Erskine. Uno era Dave Erikson; el otro un tal Bob Castairs, muerto y desaparecido en combate.

Arrugó el telegrama entre los dedos convirtiéndolo en una bola.

«De modo que Dave era hijo de ese condenado pueblo —pensó—. Debiera haberlo supuesto.»

Abrió la puerta de la habitación y entró, tanteando la pared en busca de la luz.

Justo en aquel instante le golpearon. Un estallido en mitad del

cráneo y Shell cayó de bruces sobre la alfombra. Luchó obstinadamente por conservar la lucidez y las fuerzas. Pero un nuevo mazazo detrás de la oreja acabó con sus intentos y todo fue dolor y oscuridad.

Luego, ya no hubo ni lo uno ni lo otro y sintió que se hundía en la nada absoluta donde igual podía haberle esperado la muerte.

* * *

Volvió a la vida y percibió al instante el suave zumbido de un motor. El coche en que viajaba traqueteaba por una mala carretera a juzgar por los saltos y bandazos que le lanzaban de un lado a otro de la alfombra.

Se mantuvo inmóvil, recordando, sintiendo al mismo tiempo el agudo dolor del cráneo.

Abrió los ojos y descubrió un par de pies a dos pulgadas de su cara. Alguien hablaba con voz sin inflexiones. Escuchó, pero tardó unos segundos en comprender que era el chófer, maldiciendo el estado de la carretera, el único que dejaba oír su voz.

Revolvióse buscando una postura más cómoda, al dolor le arrancó un gemido y alguien dijo:

—Quieto allí, compañero, o tendrás otra caricia en la cabeza.

Pudo descubrir otras piernas al otro lado. Viajaban dos hombres sentados en el asiento posterior del coche. Él, tendido en la alfombra, necesitó ladear la cabeza para mirar hacia arriba, pero estaba demasiado oscuro para verles el rostro.

Desde el volante, el chófer gruñó:

—Cuidado con ese fulano, nos dijeron que era peligroso.

—Me gustaría que tratara de demostrarlo —dijo alguien—. De veras que me gustaría... solo para volarle los sesos, si es que los tiene.

Notó la caricia dura de una pistola en su nuca y se estremeció.

Otro dijo:

—Nada de matarlo de un tiro. Ya oíste las instrucciones. Tiene que llegar vivo.

—Sí, bueno, pero aunque solo fuera un plomo en un ala, ¿eh?

—Ustedes aprendieron en una buena escuela. Por lo menos, los enseñaron a rebuznar...

—Cierra la boca, pichón.

La pistola replicó un par de veces sobre su cabeza sin mucha fuerza. Shell se abstuvo de más comentarios.

Mucho tiempo más tarde, el coche se detuvo y lo obligaron a apearse sin amabilidad alguna. Rebotó sobre un suelo de tierra y una garra le sujetó, levantándolo casi en vilo.

—Nada de tonterías, si no quieres recibir una paliza. Andando.

Vio la vieja edificación oscura a pocos pasos. Una débil luz brillaba en una ventana. Más allá de la casa, el muro oscuro de la vegetación de los pantanos se alzaba, amenazadora y llena de misterio.

La casa era antigua y medio en ruinas. Le obligaron a atravesar un vestíbulo en cuyas paredes colgaban diferentes distintivos del Klan. Entonces comprendió y un ramalazo de temor atenazó sus miembros.

Una puerta se abrió. Dentro, una luz de petróleo iluminaba la absurda forma de un encapuchado, sobre cuyo pecho campeaban las doradas siglas de su alto cargo.

—¿Ha ofrecido dificultades? —preguntó el encapuchado con una voz desfigurada por el capuchón.

—Ninguna. Pudimos cazarlo cuando llegó al hotel.

—Encerradlo. Luego hablaré con él.

Le obligaron a bajar por una estrecha escalera. Las paredes del sótano rezumaban humedad y un hedor pestilente flotaba en el aire viciado.

Había un pequeño calabozo excavado en la roca viva. Shell comprendió que en otros tiempos aquel sótano había sido el lugar de encierro para esclavos recalcitrantes, cuando todo aquello debía constituir una plantación tal vez próspera y floreciente.

Vio unas argollas de hierro sujetas a la pared. En contraste con todo lo demás, estaban limpias y libres de herrumbre.

Los pistoleros le colocaron las argollas en los tobillos, cerrándolas con candados, cuyas llaves se guardó uno de ellos.

Dos emprendieron la ascensión de la escalera. El tercero limpió el polvo de un cajón y tomó asiento con resignado aire de aburrimiento.

Shell dijo:

—Alguien debiera decirme que tiene el Klan contra mí...

—Lo sabrás artes de ser ejecutado.

—Ya veo.

—Y cierra el pico. Solo puedes hablar cuando te pregunten.

—¿Y cuándo será eso?

No obtuvo respuesta, como tampoco la consiguió ninguna de las otras veces que lo intentó.

El guardián afinó un poco la lámpara de petróleo que habían dejado en el suelo. Sombras fantasmales danzaron en los rincones de la gran caverna.

Pasaron las horas en mortal espera.

Shell buscó una postura cómoda sobre el suelo y se dejó ganar por el sueño. No supo si había dormido un minuto o una hora cuando una voz seca le devolvió a la realidad.

La luz de la lámpara de petróleo alumbraba las figuras siniestras de cuatro enmascarados, plantados ante él formando un pequeño semicírculo.

—Has sido juzgado y sentenciado —dijo uno de los encapuchados—. Se te aconsejó pacientemente dos veces. No tendrás otra oportunidad.

—Están rematadamente locos. Para actuar como pistoleros no necesitan esta mascarada.

—Tus palabras blasfemas o insultantes no harán mella en nuestra decisión. Serás ejecutado la próxima noche.

En el centro de aquella especie de tribunal Shell vio al encapuchado con las insignias de «Gran Dragón» del Ku Klux Klan. Estaba mirándole cuando el fantasmón hizo una seña y los otros retrocedieron. Pausadamente, uno tras otro desaparecieron en la oscura escalera, seguidos por el guardián.

El «Gran Dragón» y el prisionero quedaron solos. Shell gruñó:

—Eso no te servirá de nada, bastardo criminal y asesino... Jamás obtendrás el millón de dólares.

—Oyéndote, cualquiera creería que sabes quién soy.

—Lo sé, Dave.

El encapuchado dejó escapar un juramento. De un manotazo se arrancó la puntiaguda capucha.

Tal como dijera Shell, era Dave Erikson.

CAPÍTULO XII

—VIÉNDOTE con esta vestimenta de «Gran Dragón» — comentó Shell con forzada calma—, uno comprende tu innata crueldad durante la guerra...

—Tonterías, Shell. Te dije una vez que en el mundo actual no había lugar para los sentimentales.

—Ni para los asesinos, Dave.

El aludido soltó una carcajada.

—Maldito si sabes lo que estás diciendo —exclamó—. Pero eso importa poco. En realidad, voy a ser el responsable de tu muerte. Y no lo lamentaré en absoluto. Tú te has interferido en mi camino a pesar de cuantas advertencias se te hicieron. ¿Realmente creías poder arrebatarme a Sylvia y el dinero del seguro?

—Nunca obtendrás ninguna de las dos cosas, Dave. Sylvia te desprecia a estas horas, y el millón de dólares no será pagado mientras mi informe no lo recomiende.

—Estás en un error. Utilizaré todo el poder del Klan en este estado y en los demás del sur para forzar a la compañía. Además, será fácil demostrar que los Rains no tuvieron nada que ver con el incendio.

—Eso será fácil, pero también lo será cargarte a ti con el fuego, empujado por tu afán de quedarte con el importe de la póliza mediante tu boda con Sylvia.

—Ahí es donde te equívocas. Yo no incendié esa maldita galería. Solo decidí aprovecharme del dinero después que se hubo declarado el incendio.

Shell arrugó el ceño. Estuvo casi seguro que en este punto Dave decía la verdad. Y una vez más el presentimiento de que había una fuerza mortal y oculta interviniendo en el caso le desconcertó.

No obstante, para acuciar el espíritu ególatra de su enemigo,

dijo fríamente:

—No necesitas mentirme si estás dispuesto a matarme.

—¿Para qué habría de mentirte? Todo lo que ha sucedido me beneficia extraordinariamente, de modo que lo acepto como un favor del destino. Pero lo cierto es que nada de eso lo hice yo: ni maté al viejo, ni provoqué el incendio ni nada de nada. Supongo que Rains tendría algún lío en alguna parte, de cualquier modo, mejor para mí. Me ha ahorrado el trabajo de librarme de él después.

—Eres un cerdo, Dave. Siempre lo fuiste, pero ahora que te has quitado la careta ya no caben dudas al respecto.

—Deberías hablarme con más respeto —rio el jefe del Klan.

Shell observó la mirada que Dave Erikson dirigió a su reloj de pulsera. Deseando ganar tiempo, dijo:

—¿Qué sabes de la muerte de Luigi y de Sam? Supongo que no intervendrías también en eso...

—Maldito si comprendo por qué los mataron. En cambio, sí sé cómo vas a morir tú.

—¿De veras?

—Creo que será una escena divertida, Shell... Especialmente, si uno tiene en cuenta tus pesadillas.

Shell dominó un escalofrío.

—Si has leído los periódicos estos últimos días, sabrás que están siendo juzgados los responsables de la «Matanza de My-Lay». Si salgo de esta, y tú sigues vivo, me ocuparé de que tú seas juzgado por el bárbaro asesinato de aquel muchacho vietnamita, Dave. Palabra que lo conseguiré.

—Solo que no podrás, porque mañana noche morirás.

Retrocedió colocándose otra vez la capucha, adornada también con las doradas insignias de su rango. Desde el pie de las escaleras dio una voz y el guardián apareció al trote.

—Colócale unas esposas, con las manos en la espalda. Suelta las cadenas de la pared y luego trasládalo a la habitación preparada en el primer piso. ¿Comprendido?

—Se cumplirán tus órdenes, señor —murmuró el guardián.

Shell fue conducido a trompicones hasta el piso. Una vez en él, con los pies trabados por las cadenas y las manos sujetas a la

espalda por unas esposas de acero, volvió a quedar a solas con su mortal enemigo.

Dave señaló la ventana, protegida por una sólida reja.

—Por allí no podrás escapar, Shell, pero sí estarás en condiciones de observar los preparativos de tu ejecución.

—Eso parece que te divierte, Dave...

—Seguro. ¿Conoces nuestros ritos para casos de aplicar la última pena?

—He leído algo al respecto. Eleváis una gran cruz, le prendéis fuego a la vista del condenado, y luego este es ahorcado, un bárbaro salvajismo digno de ti, hijo de perra,

—Exacto, exacto... solo que en tu caso habrá una pequeña variación, dispuesta por mí personalmente... Tú no serás ahorcado, Shell... eso sería excesivamente benigno para ti.

Shell frunció el ceño, realmente preocupado.

—¿Qué idea bestial se te ha ocurrido? —gruñó.

—Sencillamente, tú arderás con la cruz.

Shell se tambaleó, estremeciéndose a su pesar.

—¡Bastardo! Debí suponer...

—¿No sueñas continuamente con la fogata de Vietnam? Allí, el tipejo murió atado a un árbol seco. Me dio la idea precisamente al pensar que ese hecho te obsesionaba... Cuando clarezca el día verás cómo preparamos el espectáculo. Hasta que mueras, piensa en ello, muchacho...

Retrocedió hacia la puerta y desapareció.

Al instante, entró el guardián, quien cerró la puerta, se recostó en un catre desvencijado y dijo:

—Pórtese bien, amigo, y no le sucederá nada, pero si provoca molestias le advierto que tengo una mano muy dura.

Shell no replicó. Su mente, dominando los crecientes embates del miedo, trabajaba de modo incesante, metódico, analizando todo lo acaecido, buscando aún una explicación lógica.

Pasaron horas de mortal silencio. El guardián lo vigilaba sin cesar, aunque Shell le ignoraba intencionadamente, entregado por completo sus elucubraciones.

Y al fin, sus esfuerzos obtuvieron un éxito. Estaba seguro de que conocía casi todas las respuestas al misterio del incendio y los

crímenes, incluso la razón de los mismos... y la identidad del criminal.

Solo que eso, en las actuales circunstancias, de poco iba a servirle.

Y así vino el nuevo día, y con él pudo contemplar el bárbaro y grotesco espectáculo a través de la ventana.

Vio cómo algunos hombres construían una tosca cruz de gigantescas proporciones. Cuando la hubieron fijado al suelo sólidamente, otros trajeron un rollo de arpillera, con la que recubrieron su obra cuidadosamente hasta tener por completo forrada la cruz.

Tras él, el guardián explicó con ironía:

—La arpillera se empapa de gasolina y luego se le prende fuego. Arde en cuestión de segundos...

—¡Cállate!

—Está bien, yo solo trataba de ilustrarle, amigo.

Terminada su obra, los encapuchados regresaron a la casa, dejando en el claro el emblema de su infame sacrificio.

Y durante todo el día, Shell tuvo la espantable obra ante sus ojos, recordándole el espeluznante final que le aguardaba.

Había probado discretamente a librarse de las esposas, pero era una tarea absolutamente imposible sin contar con herramientas.

Y abandonó toda esperanza, dejando que la desesperación hiciera presa en su ánimo a medida que moría el día y el crepúsculo caía sobre el valle oculto por la selva de los pantanos.

Era noche cerrada cuando el «Gran Dragón» entró una vez más en la habitación. Con él traía un fardo de ropas negras.

—Un minuto antes de las doce de la noche serás ejecutado, Shell —anunció—. Cumpliendo con el ritual, irás cubierto por una túnica y una capucha negras.

—Podrás matarme, bastardo, pero me queda el consuelo de que a ti te ajustarán las cuentas cuando creas que has alcanzado el triunfo. Tu caída será más dura que la mía.

—Si esos sueños te consuelan, comprendo que los alimentos. ¿Has visto bien la cruz?

Shell apretó los dientes, lleno de furor impotente. El criminal añadió:

—Serás sujetado a ella con cadenas. Luego, empaparán la arpillera y la túnica negra con gasolina y... ¿puedes imaginar el final?

—No se precisa ningún esfuerzo de imaginación.

—Me alegro —dejó el envoltorio negro sobre una silla y luego añadió como despedida—: Por especial atención, dada la importancia del reo, yo mismo te conduciré al patíbulo. He debido inventar una buena historia sobre ti para convencer al consejo del Klan que merecías una muerte especial. De todos modos, ya te queda poco tiempo, Shell. Una espera corta...

Retrocedió. A una voz suya, el guardián entró. Ahora, ante la inminencia de lo que se avecinaba, él también iba vestido con su túnica blanca desprovista de signo alguno, excepto un cordón negro a guisa de cinto.

Y la noche avanzó, acercando a Shell a la horrible muerte que le esperaba.

De pronto, el guardián dijo:

—Son las once y cuarto, amigo. Ya falta poco.

Su voz sonó opaca bajo el capuchón.

Shell no dijo nada. Imposibilitado de todo movimiento, dejó que el odio creciera en oleadas dentro de él. Un odio tan salvaje como la muerte que le habían destinado, odio hacia Dave Erikson y aquella monstruosa organización extendida como un cáncer en varios estados de la Unión.

Pero principalmente, su odio, su mortal aborrecimiento era contra Dave y su monstruosa crueldad, su sadismo insano que debía ser aplastado hasta que no pudiera hacer más daño dominando una facción del Ku Klux Klan, ya terriblemente cruel por sí mismo.

Estaba cerca de la ventana y desde ella observó a algunos encapuchados dirigiéndose hacia el lugar donde se erguía la cruz.

Al volverse, vio girar la puerta silenciosa y lentamente. Contuvo el aliento porque había algo letal en la infinitesimal lentitud de aquella puerta.

El guardián, vigilándole a él, quedaba de espaldas a la entrada, de modo que no podía darse cuenta de lo que sucedía.

La puerta se detuvo y durante unos instantes nada sucedió.

Después, un hombre se destacó en ella moviéndose con el

silencio de una sombra. Un hombre de estatura mediana, vestido de oscuro, en cuya mano derecha brillaba el acero de un corto y ancho yatagán.

Shell contuvo el aliento. Después, todo sucedió en unos pavorosos segundos.

El intruso saltó en el aire con una agilidad pasmosa. La hoja de acero relampagueó al herirla la luz del quinqué de petróleo. Luego, ya no brilló más porque lo enterró por completo en la espalda del guardián.

El encapuchado emitió un ronco estertor y se desplomó de bruces. Un gruñido brutal surgía de los labios contraídos del desconocido, que arrancó su arma del cadáver y se irguió, volviéndose hacia el investigador.

Shell creyó por unos instantes que la ensangrentada hoja iba a buscarle a él. Luego, descubrió la pálida cicatriz en la mejilla del hombre y muchas cosas encajaron en su mente.

—Tú debes vivir —gruñó el intruso—. Quiero que vivas... para que le destruyas como merece...

Febrilmente, registró al guardián muerto hasta encontrar las llaves de las esposas y las argollas. En unos segundos Shell se vio libre, tenso y aterrado, pero libre.

Los dos hombres quedaron frente a frente, Shell, con voz ahogada, musitó:

—¡Tú, santo cielo!

—No me mataron —dijo el hombre de la cicatriz—. Aunque mejor hubiera sido que lo hubiesen hecho... me desfiguraron el rostro... después escapé. Los médicos trabajaron meses y meses hasta devolverme mi apariencia humana... Los malditos. Pero ella me quiere. Tú lo sabes, Shell... ella me quiere... ¡Dime que me quiere y que ese puerco no ha podido quitármela...!

—Cierto, Bob...

Sintió una extraña mezcla de sentimientos al darse cuenta de que estaba ante un pobre loco, un demente terriblemente peligroso, pero que acababa de salvarle la vida.

—Ahora me iré, y quiero verla. Me amará otra vez, si tú haces tu parte.

—La haré, aunque no como tú supones.

—Yo sabía que existía la póliza... Sylvia me había hablado del seguro que cubría sus cuadros... y luego Dave se interpuso y me la quitó...

—Ahora lo sé, Bob. Te escondiste para que él no te reconociera. Luego, le vigilaste. El pobre Luigi te descubrió aquella noche.

—¿Por qué tenía que gritar? —se lamentó el demente—. Yo no tenía nada contra él, no contra Sam... pero estaban locos. Me amenazaron... dijeron que debían encerrarme...

—Eso debió suceder... Vete ahora, Castairs. ¿Sabes en qué hotel me alojo?

—Sí.

—Espérame allí, en mi habitación. Te ayudaré. Tú y yo tenemos muchas cosas de que hablar...

—Sí... tienes razón... puedo confiar en ti... eres el único entre todos que...

—¿Irás al hotel?

—Iré.

De un salto estuvo junto a la puerta, agazapado como un animal salvaje.

Desde allí dijo:

—Pero debes ayudarme, Shell. No quisiera hacerte daño a ti... Tu informa... todo lo cargas sobre él, ¿eh? Los muertos... el fuego...

—Sí.

Retrocedió y se hundió en la oscuridad.

Shell barbotó una sarta de juramentos. Ahora estaba en condiciones de ajustar cuentas con su mortal enemigo.

Y entonces oyó los pasos en las escaleras. Rápidamente, bajó la intensidad de la luz y se agazapó junto a la entrada.

Alto, implacable. Dave Erikson entró cubierto con su túnica símbolo de su grado.

Antes que pudiera advertir nada. Shell brincó sobre él, le arrancó la capucha y al mismo tiempo descargó un duro trallazo sobre la nuca indefensa de su rival.

Con un gruñido, Dave cayó de rodillas. Shell unió los dos puños y repitió el terrible golpe. Erikson cayó de bruces y su cara pegó contra el suelo.

Jadeando, el investigador le despojó de su túnica. Luego, registró el cadáver del guardián hasta apoderarse de su pistola. Acto seguido, moviéndose velozmente, colocó las esposas a Dave, uniéndole las manos a la espalda.

Los grilletes en sus pies resultaron un poco más difíciles de colocar, pero al fin, lo consiguió también.

Por último, lo amordazó de modo concienzudo, casi ahogándole.

Tras esto, enfundó al inconsciente Erikson en la túnica negra, le afianzó la capucha del mismo color, y él se vistió con los atributos del «Gran Dragón».

Dave Erikson pesaba enormemente, pero se las arregló para levantarlo y, sosteniéndolo a duras penas, avanzar con él hacia las escaleras.

Desde el rellano, desfigurando la voz, dio un grito. Unos instantes después, dos encapuchados aparecieron apresuradamente.

—Se desmayó —dijo entre dientes.

Fuera, Dave empezó a recobrar el conocimiento. Le vio debatirse entre las duras garras que lo sostenían, y casi en volandas fue trasladado hacia lugar del ajusticiamiento.

Desde cierta distancia. Shell contempló la inútil lucha del negro encapuchado con sus verdugos. Se debatía como un loco, pero no pudo evitar que las cadenas se ciñeran en su torno sujetándole contra el palo.

Por unos instantes, el odio que le dominaba amainó y Shell sintió el intonso deseo de evitar lo que iba a seguir. Luego, retrocedió hacia las sombras, y cuando se alejó unas espantosas llamaradas rugían en el claro... como años atrás habían alumbrado otro mucho más lejano, en mitad de la jungla vietnamita.

El investigador arrojó las absurdas vestimentas y echó a correr. Quedaba aún cierto problema por solucionar antes de poder darse por satisfecho.

CAPÍTULO XIII

—**L**E aseguro que aquí no ha venido nadie esta noche, señor —dijo el conserje nocturno.

Shell corrió a su habitación.

Estaba desierta. No había la menor traza de Bob Castairs.

Volvió al vestíbulo como una tromba.

—¡Un taxi! —rugió—. Llámenlo por teléfono, rápido.

Los minutos que tardó en llegar el vehículo se le antojaron siglos.

Le dio al chófer las señas de los Rains.

—¡Cinco dólares si me lleva en cinco minutos! —agregó.

—Oiga, ¿qué clase de coche cree que es este, un «Masserati»?

Pero el hombre hundió el acelerador, y si bien no fue en cinco minutos sí le llevó en un tiempo verdaderamente corto.

Le dio el dinero y saltó fuera del coche.

Al instante comprendió que llegaba demasiado tarde.

Había una gran agitación en todo el jardín, y la mayoría de las luces de la casa estaban encendidas.

Esquivó a un guardia que trataba de detenerle y se coló dentro.

Jack Krazno vociferaba órdenes, pálido y agitado. Al ver a Shell rugió:

—¿Dónde infiernos se había metido usted?

—¿Qué ha pasado?

—Se lo contaré luego. Venga.

—¡Espera, maldita sea! ¿Cómo está Sylvia?

—Se encuentra bien... aunque asustada. Pero uno de los hombres que dejé aquí de guardia está camino del hospital.

El jefe de policía le llevó hasta una habitación. Sobre el lecho, Bob Castairs expiraba, atendido por el médico de la policía.

Shell se detuvo al lado de la cama.

—¿Cómo está, doctor?

El médico se levantó.

—Es un milagro que todavía viva... tiene tres balas en el cuerpo, una de ellas muy cerca del corazón... Yo creo que aguanta porque está empeñado en verle a usted.

Inclinándose sobre el moribundo, Shell dijo:

—¡Castairs! ¿Puedes oírme?

—¿Shell?

—Sí.

—Hazlo... chico. Tienes que hundirle... humillarle...

—Seguro, Bob. ¿Por qué infiernos no fuiste al hotel como te dije?

—Yo... tenía que verla... quería decirlo que... que...

—Comprendo...

—Ya no más operaciones en mi cara... es horrible, Shell... no sabes lo que... lo que hicieron conmigo...

—Olvídalo. Ahora descansarás.

—Sí... dile a Sylv...

Su voz se extinguió. La cabeza cayó a un lado y la cicatriz brilló bajo la luz de la lámpara.

Shell se levantó, impresionado.

Krazno gruñó:

—Él y su maldito cuchillo... por poco no lo hundió en la barriga de mi hombre... pero le agujereo el costado. El otro tuvo que disparar. Oiga, el tipo estaba rematadamente loco. ¿No es cierto?

—Sí... creo que sí.

—Entró directamente, sin hacer caso a los policías de vigilancia. Y llevaba el maldito cuchillo en la mano. El mismo con que debió matar al viejo Rains, ¿no?

—Así es.

Se dirigió a las escaleras dejando tras sí a un atónito policía para quien la mitad de lo que había sucedido seguía siendo un enigma.

Arriba, Sylvia esperaba segura de que él acudiría. Se echó en sus brazos sollozando de nervios y alegría todo a un tiempo.

—Si supieras, Shell... ha sido todo tan espantoso...

—Ya pasó, linda.

—Él... era de ese hombre de quien tenía miedo, Shell...

—Lo supuse.

—Pero no quería causarle ningún daño. Yo presentía entonces que había veces que deliraba, pero jamás dio muestras de violencia hasta que apareció Dave...

—Lo sé. Odiaba a Dave Erikson como al diablo. Y por si fuera poco, comprendió que Dave iba a ocupar su puesto cerca de ti. Eso acabó de desencadenar los demonios de su cerebro y ya perdió el control definitivamente.

La acarició dulcemente sintiéndola vibrar entre sus manos, como si renaciera a la vida después de una espantosa pesadilla.

—Ninguno de los dos volverá a interferir en nuestras vidas —dijo con voz sorda.

Ella apenas le oyó.

—Shell... ¿Fue él quien incendió la galería y mató a papá?

—Efectivamente. Lo hizo preparándolo para que todo le fuera cargado a Dave. Quería hundirlo, humillarlo con algo que acabaría definitivamente con él en medio del desprecio, el odio, un proceso y todo lo demás, según su perturbado cerebro.

—No puedo odiarle a pesar de todo —susurró la muchacha.

Entonces la besó.

Necesitaba sus labios, como necesitaba su amor por encima de todas las cosas, porque únicamente con su amor y con sus besos la vida volvería a sonreír.

Ambas cosas las tenía ya, porque estaba besándola locamente, y en la entrega de aquellos instantes la vida se detenía convirtiéndose en un sueño profundo y dulce, libre de toda pesadilla.

Shell cerró la puerta de un puntapié; levantó a la muchacha entre sus brazos y, sin dejar de besarse, ambos se adentraron en la habitación.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España